



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
ESCUELA DE VERANO Y CURSOS TEMPORALES

EL MEXICO DE HOY EN LA NOVELA Y EL CUENTO



por

RENATE VON HANFFSTENGEL

para optar al grado de Maestra

en Lengua y Literatura Españolas.



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

MEXICO

1966

m. 122969

XN66
+13
ej.3



FILED 1964

A la memoria de mi padre.

A mi madre.

• • •

A mi esposo e hijita.

1968



INDICE

I.—INTRODUCCION

A. El ciclo de la novela posrevolucionaria.

1. Sus orígenes.
2. Su forma.
3. Sus temas y argumentos.

B. Valor literario del ciclo posrevolucionario en cuanto a su forma:

1. El orden cronológico invertido.
2. Diálogos breves.
3. El habla popular.
4. La poesía.
5. Facilidad artística.
6. El *tempo*.

C. Valor literario del ciclo posrevolucionario en cuanto a su contenido:

1. Variedad.
2. Verosimilitud.
3. Sinceridad.

D. Programa y límites del estudio.

II.—EL MEXICO INDIGENA

1. Introducción.

2. Ricardo Pozas. JUAN PÉREZ JOLOTE.
3. Francisco Rojas González: "Las vacas de Quiviquinta".
4. Rosario Castellanos:
 - a. "La suerte de Teodoro Méndez Acubal".
 - b. *Balún Canán*.
 - c. *Oficio de Tinieblas* y otros cuentos.
5. Conclusiones.

III.—EL MEXICO RURAL

1. Introducción a los problemas.
2. Juan Rulfo: *Pedro Páramo* y el caciquismo.
3. Agustín Yáñez: *Las tierras flacas* y la ley de la selva.
4. Fernando Benítez: *El agua envenenada* y
 - a. La corrupción de las autoridades.
 - b. La Iglesia.
5. Juan José Arreola: *La feria* y Juan Rulfo: "Nos han dado la tierra".
6. Francisco Rojas González: "Sed".
7. Francisco Rojas González: "El guarapo" y "Fuera con yo".
8. La ignorancia y la brutalidad en varias narraciones.
9. Resumen y cuadro general.
10. Juan Rulfo: "Paso del Norte" y "La huída del campo".
11. Conclusiones.

IV.—LAS CIUDADES DE PROVINCIA

1. Introducción.
2. Carlos Fuentes: *Las buenas conciencias*.
3. Rosario Castellanos: *Oficio de tinieblas*.
4. Agustín Yáñez: *Al filo del agua*.
5. Juan José Arreola: *La feria*.
6. Elena Garro: *Los recuerdos del porvenir*.
7. Conclusiones.

V.—LA CAPITAL

1. Introducción.
2. Carlos Fuentes: *La región más transparente.*
3. Carlos Fuentes: *Aura.*
4. Rafael Solana: *El sol de octubre.*
5. Luis Spota: *Casi el paraíso.*
6. Conclusiones.

VI.—LA NARRACION POSREVOLUCIONARIA Y LA LITERATURA MODERNA

INTRODUCCION

I. INTRODUCCION

A. El ciclo de la Novela Posrevolucionaria.

Una serie de síntomas indican que la novela mexicana está tanto en su apogeo como en una nueva etapa. Desde luego cabe hacer una evaluación general de ella; de su temática, de su forma, de su calidad literaria y del lugar que ocupa en la producción narrativa actual del mundo occidental.

1. *Sus orígenes.*

Al cerrarse el ciclo de la Novela de la Revolución aparece otro que tiene igualmente rasgos muy propios. Este ciclo no se da aislado sino que proviene de ciertas fuentes que es interesante investigar. Se nutre todavía de la Novela de la Revolución, pero se distingue de ella en su técnica, contenido y calidad literaria. Mientras la Novela de la Revolución trató de cristalizar una ideología del gran movimiento revolucionario de 1910, que no se había elaborado antes, la Novela Posrevolucionaria presenta los resultados de la Revolución y los aplaude o los critica según la posición del autor. La Novela de la Revolución se limitó a relatar lo sucedido, y la Posrevolucionaria, trata de crear y elaborar, un anhelo que es nuevo en la literatura hispanoamericana, que casi en su totalidad se ha apoyado hasta ahora en el relato de algo vivido u observado y que todavía y por mucho tiempo se va a nutrir de este material.

2. *Su forma.*

Con este anhelo de crear y plasmar surgió automáticamente una búsqueda de nuevos caminos para la técnica literaria. Y eso nos lleva

a otra fuente de la Novela Posrevolucionaria. La búsqueda de nuevos moldes obligó a los escritores a traspasar las fronteras de México y por ello ir más allá del ámbito de los escritores de la Novela de la Revolución. Ciertos críticos podrían acusarles, por este motivo, de haber caído en una de las debilidades tradicionales de los artistas hispano-americanos: la de la imitación de modelos extranjeros, que, efectivamente, ha disminuído mucho su capacidad creadora. En México pensemos solamente en la imitación del arte español en la época de la colonia y más tarde del arte francés, que limitó el impulso del arte nacional. Por otro lado, sería un hermetismo nacionalista opuesto al mundo moderno con sus comunicaciones e intercambios, exigir un arte basado solamente en valores de un solo país, que, además, es imposible debido a las muy variadas influencias que actúan en el mundo de hoy. Es inevitable y deseable la fecundación mutua mientras no degeneren en una imitación servil.

En cuanto a la forma literaria en México, la influencia norteamericana ha sido decisiva y, además, ha dado los mejores resultados. Ha roto los moldes tradicionales de un estilo barroco y verboso que estaba a punto de resucitar después de haber caído en el olvido ante el realismo de la Novela de la Revolución. Por ejemplo, Agustín Yáñez en su *Archipiélago de mujeres* (1943) y *Al filo del agua* (1947) se mueve en las formas probadas y aprobadas de la literatura mexicana. Otros escritores mexicanos "descubren" afortunadamente a tiempo a los escritores norteamericanos como Sinclair Lewis, John Dos Passos, William Faulkner y otros de la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial. Se identifican mucho con ellos en varios aspectos, como lo revela la adopción de ciertas características de su estilo y temática. El estilo de los novelistas norteamericanos les brinda algo nuevo, fresco, con un dinamismo que tiene que impresionar al lector contemporáneo, que desde hace mucho no encuentra nada nuevo en los desarrollos de un estilo tradicional. Además, después de la Segunda Guerra Mundial, el número de los lectores en México ha aumentado grandemente. Ahora vastos sectores de la población forman parte del público que antes carecían de la preparación necesaria para dedicarse a leer. Estos sectores buscan algo nuevo, sucinto y concreto con qué identificarse. En

este punto coinciden actualmente lectores y escritores. Estos últimos abandonaron las descripciones y los desarrollos verbosos para reducir su obra a lo esencial. Pero eso no quiere decir que hayan prescindido de consideraciones estéticas en cuanto a la forma y el estilo. No están de acuerdo con Mariano Azuela cuando expresa un sentimiento dominante en su época: "La novela es un libro destinado al gran público; por lo tanto, la forma y el estilo son de interés secundario."¹

El gran público, cuando desarrolla un gusto por la lectura, adquiere la capacidad de apreciar la forma y el estilo, tal vez por intuición y no por teoría literaria. Los autores que no tienen esto en cuenta, caen pronto en el olvido. Este fue el error de muchos de los escritores de la Novela de la Revolución: menospreciar los valores estéticos. Por eso muchas de estas novelas no tienen valor permanente. Se explica esta falta de interés en la forma por los excesos practicados antes. Ahora, después de superar los dos extremos, se ha encontrado un medio feliz entre los dos, al que ha contribuido en gran parte la influencia de la generación mencionada de escritores norteamericanos. Veámosla en algunos puntos.

Un rasgo típico del estilo producto de la influencia de los escritores norteamericanos son los diálogos breves, que han tomado el lugar de las largas descripciones. Esta medida satisface uno de los requisitos que exige Ortega y Gasset en una novela: hacer ver al lector cómo es una persona y no decirle simplemente como es.² Se pensó en un tiempo que sólo el inglés se prestaba a estos diálogos cortos y tajantes. Pero ya se ha reconocido que el español no se queda atrás en fuerza expresiva cuando se emplea en este estilo. Carlos Fuentes y Juan Rulfo son dos de los autores que han probado esto suficientemente.

Otro rasgo típico en cuanto a la forma, es la inversión del orden cronológico. Esa consiste en que la trama no se desarrolla en sucesión cronológica sino en aparente desorden. Veamos solamente *Pedro Pá-*

¹ Luis Leal, Mariano Azuela, vida y obra. Colección Studium, México, 1961. Pág. 82.

² José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote e ideas sobre la novela*. Revista de Occidente, S. A., 5ª edición, Madrid, 1958, págs. 148-150. "No definir".

ramo de Juan Rulfo, en que el desorden en el tiempo es tal que ya no se distinguen los muertos de los vivos. En *Casi el paraíso* de Luis Spota la acción se desarrolla en dos tramas que parten de puntos opuestos, para confundirse después en una sola trama consecutiva. En varias obras, como en *La región más transparente* de Carlos Fuentes ya ni siquiera se trata de una o dos tramas que después se juntan como en la novela tradicional, sino de muchas tramas paralelas, que a veces se unen y a veces no. Algunas contienen personajes que frecuentemente reaparecen, y otras contienen personajes que jamás vuelven a aparecer. Todos estos artificios de forma tienen cierto fin en cada obra como veremos después.

3. *Sus temas y argumentos.*

Tan revolucionario como el estilo era la temática que “descubrieron” los escritores mexicanos en la mencionada generación norteamericana. En medio de la prosperidad y el auge económico de los Estados Unidos, esta generación se empeñó en mostrar el reverso de la medalla: miseria en las regiones agrícolas del sur (Faulkner), desencanto con la guerra (Dos Passos), mezquindad humana (Lewis). En México los dos lados diferentes de la medalla son aún más obvios, y con especial fuerza saltan a la vista aguda de los escritores.

Unos pocos escritores mexicanos se mantienen al margen de estas innovaciones en cuanto a estilo y temática de origen norteamericano. Uno de ellos es Agustín Yáñez. Si bien cambia y progresa su estilo después de *Archipiélagos de mujeres* y *Al filo del agua*, no es en la dirección a que aquí nos referimos. El mantiene la verbosidad de las novelas tradicionales, usa repeticiones y monólogos largos que impacientan al lector moderno. Y si descubre algo supuestamente nuevo, como el empleo de dichos populares, llena sus obras con ellos hasta el hastío, como ocurre en *La tierra pródiga* y *Las tierras flacas*. Cervantes, Goethe y García Lorca ya supieron hacer uso de refranes populares, pero ¡ con cuanto más maestría y sensibilidad artística!

Al subrayar la influencia norteamericana en la literatura contemporánea mexicana, surge la pregunta de si no hay una correspondien-

te influencia europea. La respuesta es que ésta falta casi en total en las novelas mexicanas. El motivo es que no han llegado a Hispanoamérica obras europeas que hayan causado una profunda impresión y con las que hubieran podido identificarse los escritores hispanoamericanos.

Sólo uno de los escritores mexicanos busca la influencia europea, la de Kafka y de algunos escritores franceses. Este es Juan José Arreola, en su tomo de cuentos llamado *Confabulario total*. Pero su inclinación no es afortunada; interesan poco sus "confabulaciones" ya que la realidad de México es tanto más imponente y alarmante. En cambio, en su obra más reciente, *La feria*, Arreola abandona totalmente la línea anterior para incorporarse a la producción típicamente mexicana, con lo que logra una aportación notable. A qué se debe la vuelta de Arreola hacia México es motivo de diversas conjeturas. ¿Le interesó de verdad México ahora que se dedicó a estudiarlo y describirlo? ¿O quería solamente demostrar que le sería fácil escribir sobre México, como tantos otros escritores mexicanos aclamados por sus obras? Ignoramos la respuesta pero no está fuera de las posibilidades un verdadero interés del autor por México, ya que éste ha sido el principal interés de casi todos los escritores mexicanos. Esta consideración nos lleva directamente al contenido de la mayoría de las obras actuales.

Todos los autores de que vamos a tratar y que son los más importantes, tienen una preocupación principal: México. En realidad, eso no es ningún tema nuevo. Extensos tomos se han dedicado a diferentes aspectos de México, al mexicano y lo mexicano. Todavía se consultan como obras claves *El perfil del hombre y la cultura en México* de Samuel Ramos, publicado por primera vez en 1934, y *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, del año de 1950. Con gran esfuerzo y esmero tratan estos dos autores de penetrar la manera de ser del mexicano y sus motivaciones. Lo logran en muchos aspectos. Sus conclusiones las vemos verificadas en gran parte en la vida diaria y en las novelas de los autores mexicanos, que en ciertos capítulos parecen una aplicación práctica de un postulado teórico planteado por Samuel Ramos o por Octavio Paz. Este último formula la encuesta emprendida por él y muchos otros pensadores y escritores en la siguiente forma: "¿Qué somos

y cómo realizaremos eso que somos?"¹ En una forma u otra cada autor mexicano se ha planteado esta misma pregunta. Alfonso Reyes buscaba el alma del mexicano y Yáñez busca la realidad mexicana en su ciclo de novelas acerca de la vida en la provincia.

En este afán de penetrar y explicar el fenómeno mexicano, los escritores serios llegan a preocuparse de los problemas sociales y políticos de México, ya que lo que llamamos el fenómeno mexicano está compuesto de elementos humanos. Por ejemplo, el mismo Octavio Paz empieza su *Laberinto de la soledad* con observaciones psicológicas del mexicano, a la mitad del libro se preocupa por la historia mexicana, y al fin plantea los problemas políticos y económicos que pesan sobre cada mexicano y sobre todo el país.

El ensayo político ha existido siempre en México; ningún novelista se ha mantenido totalmente al margen de los sucesos actuales de México, Carlos Fuentes publica regularmente artículos políticos; una escritora aparentemente más inclinada hacia las bellas artes y la poesía como Rosario Castellanos tiene como base principal de sus novelas temas políticos al igual como sus colegas más realistas como Rojas González, Fernando Benítez, José Revueltas, y otros. Extremadamente raro es el caso de un Amado Nervo que podía escribir bajo el signo del arte por el arte en un tiempo en que su país se consumía en el más profundo cataclismo que ha experimentado México, la Revolución. Pero tal vez todavía no había llegado el momento propicio para la contemplación durante el tiempo de Amado Nervo. Octavio Paz tiene razón cuando coloca este momento hasta después de la Revolución. "Es natural —dice— que después de la fase explosiva de la Revolución, el mexicano se recoja en sí mismo y, por un momento, se contemple."² El fruto de esta contemplación es precisamente la Novela Pos-revolucionaria que es el objeto de nuestras consideraciones aquí.

A pesar de que de la unidad del tema "México" podría resultar

¹ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica. México, 1959, pág. 9.

² *El laberinto de la soledad*, pág. 10-11.

cierta monotonía, nunca ocurre eso. Cada autor aborda el tema en forma diferente. Algunos escogen el campo como el fondo de la acción, describiendo y analizando las características de la vida indígena de determinada región; otros, la vida en el campo en general; otros, las ciudades de las provincias y otros todavía se preocupan exclusivamente de la capital. Eso da a la Novela Posrevolucionaria un carácter extraordinariamente variado. Además, la población de cada una de estas cuatro unidades es todavía más diferenciada en sus diversas divisiones. Por ejemplo, en el campo encontramos los grupos indígenas que viven aislados de la civilización, hablan sus propias lenguas o dialectos, y practican todavía muchas de sus costumbres prehispánicas. Y cada grupo tiene sus propias características, ya sean Tarahumaras, Lacandones u Otomís.

Otra división la forman los campesinos de extracción mixta, que hablan en parte español, tienen contacto directo con la civilización, se mezclan con ella y han adaptado parte de su vida a la de ella. De esos dos grupos y sus problemas, que consisten en su inferioridad en la escala social, su desesperada situación económica y sus supersticiones, nos hablan principalmente Fernando Benítez y Juan Rulfo.

En los pueblos más grandes y las ciudades provincianas encontramos varias divisiones dentro de la población: los hacendados acomodados, los trabajadores, los artesanos, los comerciantes, los profesionistas. Todos tienen un diferente modo de ser, pero les une la lengua española y cierta educación formal. De estos grupos nos habla José Arreola, Fernando Benítez, Sergio Galindo, Agustín Yáñez y Carlos Fuentes.

Por último queda la capital de México. El solo hecho de que, en cuanto a población, ocupa el séptimo lugar después de New York, Tokio, París, Londres, Shanghai y Moscú, promete gran riqueza de temas para la pluma del novelista. Pero, además, se conjugan en esta ciudad las culturas indígenas, española, europea y estadounidense con sus numerosos componentes. Eso significa para la población la existencia de muchos grupos apegados, en diferente grado, a cada una de estas culturas y en diferente estadio de asimilación: las generaciones de extranjeros que han llegado, raras veces se han asimilado total-

mente. A veces nunca aprenden el español. Sus hijos todavía mantienen mucho de la cultura de sus padres, los nietos ya menos, y tal vez en la cuarta generación se puede hablar de una asimilación completa.

Más grandes aún son las diferencias que no se basan en la extracción cultural de ciertos grupos de habitantes sino las que están determinadas por el nivel económico. En la ciudad de México conviven multimillonarios y familias que carecen de los medios para satisfacer sus más elementales necesidades. Entre estos dos extremos existe toda la gama de las clases sociales que forman el mosaico que es la capital. En este rico campo se nutren las novelas de Carlos Fuentes, Rafael Solana y Luis Spota sin el menor peligro de agotar la materia. Para la novela mexicana todavía no existe el temor de Ortega y Gasset de que en el agotamiento de material yace la decadencia y próxima muerte de la novela.¹

En México abunda el material en las calles; solamente hay que recogerlo. Cada grupo social lucha con sus problemas característicos que varían en cada caso particular. Para los grupos sociales de escala baja, éstos son fáciles de imaginar: consisten en la lucha diaria para la subsistencia. Pero los grupos sociales de escala alta también tienen sus problemas, aunque ya no de índole económica de primer orden. Se trata de cómo mantener y aumentar la riqueza, cómo alcanzar el placer deseado, cómo convivir con amigos y familiares, cómo lograr cierta satisfacción y felicidad, cómo no aburrirse. El constante anhelo de cada habitante de esta inmensa ciudad para resolver sus problemas en contra de condiciones adversas para la mayoría, forma una dinámica que se palpa con facilidad y que sienten los escritores con especial sensibilidad. Sienten el grito de desesperación del individuo, el clamor creciente de grandes segmentos de la población.

B. Valor literario del ciclo posrevolucionario en cuanto a su forma.

Después de considerar a grandes rasgos los orígenes, la forma y la

¹ *Meditaciones del Quijote e ideas sobre la novela*, págs. 142-145. "Decadencia del género".

temática de la novela posrevolucionaria,⁴ vamos a examinar su valor literario. ¿Tiene o no valor literario? Sólo se requiere la lectura de algunos cuentos de Francisco Rojas González o de Juan Rulfo, y de una y otra novela para dar una respuesta positiva a esta pregunta. Pero veamos la cuestión en detalle.

1. *El orden cronológico invertido.*

Ya hablamos de las innovaciones fortuitas en la estructura, traídas por la influencia norteamericana. Mencionamos la estructura muy especial de *Pedro Páramo*, *Casi el paraíso* y *La región más transparente*. En los tres casos el uso especial del orden cronológico no está empleado como un fin en sí, sino para lograr cierta expresión o efecto. En *Pedro Páramo* la confusión de los planos temporales contribuye a crear la imagen de lo irracional y surreal del campo descrito. En *Casi el paraíso* sirve para elemento de sorpresa y suspenso, medios legítimos e importantes para el logro de una novela de valor literario. Y en *La región más transparente* las múltiples tramas tienen el efecto de un reflector enfocado en diferentes puntos, dirigiendo nuestra vista por un momento a una parte determinada del gran caleidoscopio que es la metrópoli.

2. *Diálogos breves.*

Además, contribuye a la riqueza de los medios técnicos la fuerza de los diálogos breves, que ya mencionamos. Casi cada cuento de la colección *El llano en llamas* de Juan Rulfo demuestra el efecto expresivo y artístico de los diálogos breves. Cada cuento contiene suficiente material para toda una novela; vemos a los personajes con vida y color, delante de nosotros y sufrimos con ellos toda una vida larga y amarga en muchos casos. Podemos escoger al azar dos cuentos para demostrarlo: "Diles que no se maten" y "No oyes ladrar los perros".

Estos cuentos contienen, además, otra característica que da un encanto especial a casi toda la producción literaria del ciclo posrevolucionario: el empleo del lenguaje del pueblo.

3. *El habla popular.*

Tanto Juan Rulfo, en el campo, como Carlos Fuentes, en la ciudad, se sirven del habla popular como un medio de expresión. Eso nos hace ver muy claramente la manera de ser y pensar de los personajes. A veces el uso de un lenguaje demasiado rudo y vulgar repugna al lector. El sentido estético de cada lector pone un límite de tolerancia ahí donde el lenguaje vulgar deja de servir a un fin literario y llega a caer en el sensacionalismo que se ve en las novelas de menor calidad de Luis Spota y José Revueltas. Pero autores verdaderamente artistas, como Carlos Fuentes y Juan Rulfo, nunca abusan del lenguaje popular. Juan Rulfo hasta logra con él lo que Carlos Blanco llama el "subjektivismo moderno",¹ que consiste en el tratamiento del personaje por dentro, presentándolo al lector por dentro, directamente, en contraste con el realismo analítico en que el narrador trata el personaje por fuera, que es la manera tradicional. Y es natural que para usar el personaje como el que relata los sucesos, es imprescindible el uso de su propio lenguaje aunque sea rudo. No cabe duda que esta técnica tiene sus orígenes en la novela picaresca española cuya influencia recorre como un hilo rojo toda la literatura de lengua española. Manifestaciones recientes de ella son *La vida inútil de Pito Pérez* del mexicano Rubén Romero y *La familia de Pascual Duarte* del español Camilo José Cela.

4. *La poesía.*

Pero no todo el lenguaje es rudo en la Novela Posrevolucionaria, aunque algunos lectores la rechazan fundándose en este criterio. En algunas novelas priva un tono lírico y poético que agrega otro valor literario a los que ya encontramos en este ciclo de prosa. La autora de las novelas en que pensamos es Rosario Castellanos. La ternura y la sensibilidad que se encuentran en las descripciones debían reconciliar hasta al lector más delicado con las rudezas de la realidad mexicana

¹ Ver la tesis de James Irby East, *La influencia de William Faulkner en 4 narradores hispanoamericanos*. Escuela de Verano, UNAM, 1956.

descritas en casi todas las demás obras. Esta autora crea y emplea con cariño nuevas metáforas para pintar mejor a los personajes y el ambiente. Pero jamás se siente el menor esfuerzo en la creación de su estilo lleno de belleza y fuerza expresiva.

5. *Facilidad artística.*

La aparente facilidad con que los autores modernos escriben da otra calidad notable a la Novela Posrevolucionaria. Nada molesta más en el arte que sentir el esfuerzo con que se produce una obra o ciertos efectos de ella. La razón de esa facilidad de escribir acaso esté en que los autores tienen mucho que decir acerca de México. Parece que el material emane del manantial inagotable de su pluma; pero lo notable es que, en la forma final que presentan, el material tiene un alto valor artístico. Y precisamente este alto valor lo saben dar los escritores mexicanos con gran facilidad. Otro ejemplo de eso, aparte de Juan Rufo, Carlos Fuentes y Rosario Castellanos, ya mencionados, es José Arreola. En su *Confabulario* manifestó su calidad de escritor original, pero en *La feria* usa sus recursos estilísticos con mucho más ventaja. Utiliza el diálogo breve, se sirve de un "subjektivismo moderno" no en cuanto a personas, sino al pueblo en que pasan los incidentes relatados. Así deja ver al lector todo directamente, sin interponerse entre el relato y el lector. Hasta se vale exclusivamente de la manera de hablar de los pueblerinos, y trasmite así todo por medio del modo de pensar de los personajes. A veces, éstos solamente son voces anónimas, a veces son personajes de carne y hueso a quienes seguimos en ciertas acciones hasta conocerlos a fondo. Y todo lo novedoso y bien logrado del estilo de esta novela, parece haber sido creado sin el menor esfuerzo, con verdadera facilidad artística.

Al comentar el valor literario de la novela posrevolucionaria, no debemos dejar de mencionar un nombre que siempre se menciona al hablar de la perfección estilística de este ciclo, el de Agustín Yáñez. Es cierto que la construcción de sus frases es impecable, la estructura de sus obras ejemplar, el volumen de su vocabulario extenso, la autenticidad del lenguaje que toma del pueblo verídica, y notable la expresión

de sus descripciones. Pero lo que precisamente les falta a las tres obras importantes que aquí vamos a considerar —*Al filo del agua*, *La tierra pródiga* y *Las tierras flacas*— es la chispa del genio para moldear todos estos medios en una obra íntegra, sin que el lector se dé cuenta del esfuerzo empleado por el autor. A Yáñez le falta precisamente esa facilidad de verdadero artista que elogiamos en los otros autores. Muchas palabras rebuscadas debían reemplazarse por otras más sencillas y más eufónicas. Las descripciones debían reducirse a la mitad al igual que toda la obra, para que resaltara mejor su esencia. Las repeticiones cansan. Los interminables monólogos agotan, y los mismos refranes llegan a molestar. En la lectura siempre surge la sombra del técnico que compuso la obra. Los medios estilísticos son herramientas para lograr la perfección; deben ponerse al servicio de la obra y no lucirse para que se enorgullezca el autor.

6. *El tempo.*

Además, Yáñez en la composición de sus obras y en el empleo de tantas técnicas en realidad positivas, se olvida de un elemento que hoy día hay que considerar entre los valores literarios: el *tempo*. Admiramos los volúmenes de los pensadores y escritores de antaño, pero de la literatura de nuestra época exigimos concisión de exposición y estilo. En todas las obras del ciclo posrevolucionario, menos en las de Yáñez, la encontramos, llevada a cabo a su máximo con gran maestría en los cuentos.

Las múltiples técnicas estilísticas empleadas por los escritores de la generación posrevolucionaria demuestran suficientemente el alto valor literario de la Novela Posrevolucionaria en cuanto a la forma.

C. Valor literario del ciclo posrevolucionario en cuanto a su contenido.

1. *Variedad.*

Por lo que toca al valor literario del contenido, también encontramos muchos aspectos positivos. Uno de los más notables es la variedad.

Ya dijimos que el tema central es México y los mexicanos. Está tratado con tanta variedad que jamás se agota, como se desprendió de nuestra discusión sobre el tema México, que puede ofrecer un diferente fondo étnico y social para cada una de las novelas. Además, el enfoque del tema es diferente en cada caso. A veces se refleja todo el desarrollo posrevolucionario en la vida de un solo hombre, como en *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, a veces a través de un gran número de gentes de varias capas sociales, como en *La región más transparente*, del mismo autor. A veces se trata de un solo problema, el final de una personalidad de la Revolución, como en *El rey viejo* de Fernando Benítez. Otras veces se trata de varios problemas nacionales, como el caciquismo, la corrupción, el desarrollo de regiones vírgenes, como en *La tierra pródiga* de Agustín Yáñez. Para más variedad aún, se mezcla en algunas obras el elemento de irrealidad y hasta de surrealismo, con el relato que se apega por lo general estrictamente a la realidad. Este elemento lo encontramos en *Aura* de Carlos Fuentes, y *Pedro Páramo* de Juan Rulfo.

2. *Verosimilitud.*

Descontando este ocasional surrealismo, prevalece en las obras una gran verosimilitud. Todo lo relatado es posible dentro de su lugar y su tiempo. Eso es fácil cuando se trata de experiencias propias, a que en gran medida acuden los escritores. Pero para utilizarla paralelamente a situaciones ficticias y modelar todo en una obra literaria, ya se requiere el don de verdadero escritor, que sin duda tienen los escritores mexicanos posrevolucionarios como lo prueban sus obras.

3. *Sinceridad.*

De la verosimilitud relativa al objeto central —México— nace otra virtud literaria, la sinceridad. En general, en la Novela Posrevolucionaria no se oculta lo denigrante ni se destaca excesivamente lo agradable de la realidad de México y sus habitantes. Aquí se reconoce otra vez que la Novela Posrevolucionaria se nutre de dos fuentes principales: la Novela de la Revolución Mexicana, y la novela norteameri-

cana anterior a la Segunda Guerra Mundial. En las dos hay un afán de gran sinceridad; no hay hipocresía ni presunción. A veces duele contemplar la realidad, pero es necesario enfrentarse a ella, si todavía hay esperanza de convertir lo desagradable en algo agradable.

A veces los autores nos hacen dudar de esta posibilidad, y, desgraciadamente, tienen sus motivos para ello como se desprende de sus obras. En casi todas las obras hay mucho pesimismo. Los autores se han dado cuenta de los resultados limitados e insuficientes de la Revolución, y por lo que han visto han perdido la fe tanto en la salvación de los campesinos como de las clases explotadas de la ciudad. Se resignan a describir la realidad sin sugerir remedios, sin propósito constructivo, sólo con intención crítica. No son políticos, y más vale que no quieran serlo, porque cuando hacen el intento, el resultado es casi siempre lamentable, ya sea por falta de una formación política o porque se pierden en el páramo de la política oficial. Su vista intuitiva y artística de situaciones sociales, que sólo se mejoran efectivamente con medidas políticas y económicas, es superior a su juicio político, como lo prueban los casos de Carlos Fuentes y de Agustín Yáñez.

Afortunadamente los escritores están convencidos de que con discusiones ideológicas no se pueden resolver los problemas, como la Generación del '98 en España esperaba cambiar la suerte de España. Pero no cabe duda de que con sus obras influyen en el pensamiento de muchos lectores. Ponen el dedo en la llaga y abren los ojos de muchos, que anteriormente sólo se preocupaban de sus problemas personales. Aunque la finalidad de estas obras no es reformar a México, implican que tal reforma es aconsejable y, a la larga, inevitable. Así dan una fiel imagen de México que los sociólogos, historiadores y políticos debían tomar en consideración. Que lo hacen, lo prueba el testimonio de uno de ellos, John D. Bernal, el célebre autor de *La ciencia en nuestro tiempo*, cuando dice: "... algunas de las mejores observaciones científicas sobre la sociedad se encuentran actualmente —como en el pasado— en las novelas, los poemas, el teatro y las películas."¹

¹ John D. Bernal, *La ciencia en nuestro tiempo*. 1ª edición en español. México: Universidad Autónoma de México, 1960. Pág. 238.

Este testimonio es precisamente lo que nos interesa principalmente en este trabajo. Nos interesa como forma de expresión artística, que ya discutimos en sus grandes rasgos; y nos interesa como manifestación y fiel imagen de la realidad mexicana.

D. Programa y límites del estudio.

Naturalmente va a ser imposible tratar en detalle todos los autores que pueden considerarse como miembros de la generación de los escritores de la Novela Posrevolucionaria, y que han contribuido a crear la imagen de México actual. Dejamos sin mencionar los que han hecho poco en este campo, como Guadalupe Dueñas, Josefina Vicens, Juan García Ponce, Sergio Galindo, etc., y que por su temática además no forman parte integrante de la Novela Posrevolucionaria.

Tampoco consideraremos todas las obras de los autores que vamos a discutir, sino solamente las más notables, ya sean novelas o cuentos escritos por los novelistas. Para deslindar cronológicamente a la Generación Posrevolucionaria, hemos escogido el año de 1904 como límite. Consideramos miembros de la Generación Posrevolucionaria los novelistas que nacieron en este año (Francisco Rojas González y Agustín Yáñez) o después, con las excepciones arriba mencionadas y las de Mauricio Magdaleno (1905) y Miguel N. Lira (1906) que, por su estilo y temática, pertenecen claramente a la generación anterior, la de los escritores de la Novela de la Revolución. Los siguientes autores son los que vamos a tratar en detalle: José Arreola, Fernando Benítez, Rosario Castellanos, Carlos Fuentes, Elena Garro, Francisco Rojas González, Juan Rulfo, Luis Spota y Agustín Yáñez. Tomaremos en cuenta las obras más importantes de ellos que se han publicado desde 1947 hasta 1965.

Esas obras las clasificamos en cuatro secciones, según el aspecto de México que tratan: 1.—de los grupos indígenas; 2.—de los habitantes mixtos del campo; 3.—de las ciudades de provincia, y 4.—de la capital.

Antes de entrar en la discusión, unas palabras acerca de nuestra denominación "Generación Posrevolucionaria". Como prácticamente

todos los autores actuales se ocupan del mismo tema central, el México posrevolucionario, y como cronológicamente viven y publican más o menos en el mismo tiempo, nos decidimos llamarlos la Generación Posrevolucionaria, y su producción, la Novela Posrevolucionaria. Hasta que la perspectiva del tiempo permita a futuros críticos encontrar un nombre más apropiado, utilizaremos éste. No nos adherimos al uso ahora frecuente de los nombres "novela contemporánea" o "novela moderna", porque éstos pueden llevar a confusiones dentro de pocos años cuando otra novela resulte entonces "contemporánea" o "moderna".

EL MEXICO INDIGENA

II. EL MEXICO INDIGENA

1. INTRODUCCIÓN.

Veamos ahora el primero de los cuatro aspectos de México que nos hemos propuesto estudiar, el del México indígena.

A pesar de que muy diferentes grupos de indígenas pueblan las sierras y los valles de México, el material narrativo acerca de estos grupos es muy escaso. Se han hecho un sinnúmero de investigaciones antropológicas sobre ellos, que, desde luego, no son literatura. Algunos de los antropólogos, sin embargo, han escrito novelas y cuentos basados en sus investigaciones y experiencias, y estas obras han pasado el umbral de la literatura. Por más literarias y artísticas que esas obras sean, se encuentran en ellas los problemas reales de los grupos indígenas y se nutren de las costumbres practicadas por ellos. No tienen nada que ver con los relatos indigenistas románticos del siglo pasado, totalmente alejados de la realidad y que dan un retrato idealizado del indígena. En ellos el blanco siempre aparece como villano, el indígena como salvaje noble. Nada de eso encontramos en la novela indigenista contemporánea.

Los antropólogos ven a sus objetos de estudio con imparcialidad, ya que su trabajo aspira a ser científico. También la escritora Rosario Castellanos, que se ha dedicado a tratar a los indígenas en sus novelas, los ve con la misma imparcialidad. He aquí sus propias palabras:

Los indios son seres humanos absolutamente iguales a los blancos, sólo que colocados en una circunstancia especial y desfavorable. Como son más débiles, pueden ser más malos —violentos, traidores e hipócritas— que los blancos. Los in-

dios no me parecen misteriosos ni poéticos. Lo que ocurre es que viven en una miseria atroz. Es necesario describir cómo esa miseria ha atrofiado sus mejores cualidades... Me propongo al referir los problemas de convivencia entre los blancos y los indígenas ante todo, ser imparcial. Sé que el blanco no es el mejor, pero no por razones de carácter individual sino por circunstancias sociales y económicas. No se puede convertir impunemente a un personaje blanco en villano, ni a uno indígena identificarlo a priori con la bondad. La única diferencia, y no es pequeña, consiste en que los indios son siervos y los blancos reservan para sí el papel de los amos.¹

Con estas palabras estarán de acuerdo también los dos antropólogos, —Ricardo Pozas y Francisco Rojas González— autores de varias narraciones indigenistas, como se puede desprender de sus obras.

2. RICARDO POZAS: *Juan Pérez Jolote*.

Una de estas obras es el relato encantador escrito por el antropólogo Ricardo Pozas sobre la vida en un indio Tzotzil, basado en los datos suministrados por el protagonista mismo, "Juan Pérez Jolote". El encanto especial de esta pequeña obra con características de novela corta está en la candidez con que el autor hace relatar al indígena mismo su vida en la manera del subjetivismo moderno. El autor no dramatiza ninguno de los hechos, todo parece natural y normal al protagonista, quien acepta aparentemente su buena suerte con la misma apacibilidad que sus desgracias. Al lector, en cambio, no le parece natural y normal que el niño sea vendido por dos fanegas de maíz, que esté preso por un delito que no cometió y que, finalmente, le roben todos sus ahorros de muchos meses de trabajo.

Toda la vida del tzotzil está relatada con una gran parsimonia de medios, con la menor cantidad de palabras posibles, y en la manera sencilla de pensar del protagonista. Pero no por eso dejan de impre-

¹ Emmanuel Carballo, "Rosario Castellanos: La vocación como destino". Suplemento de *Siempre*, N° 495, dic. 19, 1962, pág. v.

sionar los hechos al lector. Al contrario, el autor logra que el lector sienta profundamente con el joven cuando éste regresa finalmente a su pueblo y se encuentra como extranjero entre su propia gente porque ya se le olvidó "la lengua", su dialecto materno, y se siente incómodo en su traje tradicional de chamula, de manera que se esconde en su casa y no va a ninguna fiesta del pueblo.

Pero, finalmente, Juan Pérez Jolote se reintegra a su pueblo; se casa. Alcanza cargos públicos de mucho honor, llega a ser fabricante clandestino de alcohol y al final del relato está a punto de morir por una afición excesiva a su propio producto.

Debido, por un lado, a que parte de la trama se lleva a cabo durante las confusiones de la Revolución en que las diferencias sociales y económicas se borraron, y, por otro, a que la trama está relatada por un indígena, que acepta, sin siquiera admirarse, muchas desventajas de su situación, esta obra relega a un segundo o tercer plano los problemas de los indígenas chamulas y da mayor relieve a las descripciones costumbristas gratas e interesantes. Solamente algunas veces se entrevén a través de las palabras del protagonista, algunos de los problemas verdaderos de los indígenas. El siguiente párrafo nos informa de cierta situación que implica toda una serie de problemas económicos de los indígenas sujetos, como en este caso, a los "ladinos", los blancos de la población.

Hay dos fábricas de trago en San Cristóbal y los dueños se han repartido los pueblos para vender el aguardiente; uno vende a los chamulas y zinacantecos; el otro vende a los demás pueblos, que son muchos, tantos que el dueño es el hombre más rico de San Cristóbal y paga vigilantes que andan por los pueblos. Con máuser y pistolas, entran a las casas, las esculcan y se llevan a la cárcel, o matan, a los que hacen aguardiente de contrabando o venden trago de otras fábricas. Sólo ellos pueden hacerlo, y sólo ellos pueden venderlo, porque el Gobierno ha rematado con ellos la venta.¹

1 Ricardo Pozas A., *Juan Pérez Jolote*. 4ª edición. Fondo de Cultura Económica, México, 1961. Pág. 112.

Otro problema del indígena, la explotación de su fuerza de trabajo, se explica en una nota agregada por el autor al final del libro. Hay que hacer notar que todo lo relatado por el protagonista, menos su juventud, se lleva a cabo después de la Revolución, y que lo siguiente también es una práctica que sobrevivió la Revolución:

El presidente de San Cristóbal, al que se refiere Jolote, de acuerdo con el enganchador de la finca, hacía redada de los indios que andaban por la calle después de las siete de la noche. El enganchador pagaba las multas, y así conseguía trabajadores para la finca.¹

Y finalmente, la situación social del tzotzil se refleja en la siguiente orden que recibe Pérez Jolote cuando asume un cargo de honor:

¡Obedece al ladino, que es el que manda! Porque es el hijo de Dios, el hijo del cielo, el de la cara blanca, el de camisa y pantalón.²

Los tres problemas expresados en esta forma en *Juan Pérez Jolote* —la subyugación económica, la explotación y la inferioridad social en relación a los blancos— encuentran su eco en todas las obras contemporáneas que tratan de la vida de los indígenas. Veamos por ejemplo algunos cuentos de Francisco Rojas González.

3. FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ: "LAS VACAS DE QUIVIQUINTA".

El cuento "Las vacas de Quiviquinta" muestra, en síntesis, varios aspectos de los indígenas. Que son pobres, demasiado pobres para siquiera sembrar la parcela que tienen, ya no nos sorprende; pero que por eso no deben tener dignidad humana, nos indigna al igual que al autor. Y eso era la opinión de un forastero que llegó a Quiviquinta

¹ *Ibid.*, pág. 114, nota 40.

² *Ibid.*, pág. 84.

para buscar una nodriza para su niño. Dice al indígena cora cuando éste no cede inmediatamente a su esposa para tal oficio: "No seas tonto, hombre, se están muriendo de hambre y todavía se hacen del rogar."¹ Para expresar su indignación, el autor dice que el forastero "ladra" estas palabras.

Más que la miseria económica y la explotación parece, que al autor le preocupa e indigna mucho la supuesta inferioridad social de los indígenas en relación con los blancos. Eso se revela en el cuento "La cabra en dos patas".² El autor toma claramente el partido del indígena a quien el blanco ofende ofreciéndolo veinticinco pesos para abusar de aquél, la "cabra en dos patas". Pero el indio, que es dueño de una tienda de la que muchos viajeros son clientes, sabe contestar: ofrece cien pesos por la esposa del forastero.

Desgraciadamente, no siempre se saben defender los indígenas como en este caso lo describe Rojas González. Durante siglos han aprendido que más vale someterse sin protesta —tal vez con hipocresía— al trato del blanco, en el caso de tener contacto con él, o evitarlo del todo si eso es posible. Este último lo han preferido hacer muchas tribus que siguen viviendo, por este motivo, en un atraso y aislamiento increíble para el siglo XX. Pero han sabido siquiera evitar un problema muy grande: el contacto con la civilización blanca.

Desde la Conquista, este contacto les ha traído perjuicios y daños que hasta hoy perduran en la forma triple que ya mencionamos. Naturalmente, la civilización también les ha traído muchos beneficios, pero en general las experiencias de los indígenas con los blancos no han sido muy afortunadas. A través de los cuatro siglos que han pasado desde la Conquista, no se ha encontrado una solución para integrar a las comunidades indígenas dentro del cuadro de la civilización occidental, y ni siquiera dentro de la vida nacional. Los esfuerzos para este fin se han estrellado ante la mezquindad humana y el interés econó-

¹ Francisco Rojas González, "Las vacas de Quiviquinta" en *El diosero*. 4ª edición, Fondo de Cultura Económica. México, 1960, pág. 30.

² *Op. cit.*, pág. 81.

mico de los blancos que conviven con los indígenas. A pesar de los avances de la humanidad, hasta ahora en México no se ha encontrado una fórmula para la convivencia de los grupos indígenas y los blancos en ningún nivel; ni el humano ni el económico, ni tampoco en el social. De todo eso nos dan testimonio de sobra las obras de la escritora Rosario Castellanos,

4. ROSARIO CASTELLANOS:

a. "LA SUERTE DE TEODORO ACUBAL".

Esta autora relata, tanto los esfuerzos benévolos en bien de los indígenas como los actos malévolos de los ladinos o caxlanes, que no tienen ningún interés en mejorar la situación de los indígenas.

Rosario Castellanos no trabaja en el mismo campo que Ricardo Pozas y Francisco Rojas González, quienes han podido basarse en sus propias investigaciones al escribir sus relatos. Pero la veracidad de las condiciones descritas por ella está garantizada en igual medida, pues pasó muchos años en Chiapas donde la aglomeración de pueblos indígenas es la más densa en la República, y los problemas que surgen por la convivencia con los blancos son los más apremiantes dado el atraso general de este estado sureño.

Desde temprana edad, la escritora ha tenido ocasión de observar las relaciones entre blancos e indígenas, y con su penetrante inteligencia y su sensibilidad artística ha entrelazado estas experiencias para crear algunas de las obras más bellas e impresionantes de las letras mexicanas contemporáneas.

Veamos lo que nos tiene que decir del contacto entre los indígenas y los blancos. No siempre son relatos gratos. Uno de ellos es el cuento "La suerte de Teodoro Méndez Acubal" en que la autora, utilizando el caso de un indígena, expresa la situación en que se encuentran miles y miles de habitantes de México. Y lo hace con un admirable cinismo artístico. Empieza el cuento así:

Al caminar por las calles de Jobel (con los párpados bajos como correspondía a la humildad de su persona) Teodoro Méndez Acubal encontró una moneda. Semicubierta por las basuras del suelo, sucia de lodo, opaca por el uso, había pasado inadvertida para los *caxlanes*. Porque los *caxlanes* andan con la cabeza en alto. Por orgullo, avizorando desde lejos los importantes negocios que los reclaman.¹

Después de muchas cavilaciones sobre qué hacer con la moneda, Teodoro Méndez Acubal dirige su mirada a una joyería donde va muchas veces para contemplar el escaparate. La posesión de la moneda parece haberlo transformado. Piensa para él:

De modo que ahora, por un golpe de suerte, se había vuelto rico. Más que si fuera dueño de un rebaño de ovejas, más que si poseyese una enorme extensión de milpas. Era tan rico como... como un *caxlán*. Y Teodoro se asombró de que el color de su piel siguiera siendo el mismo.²

Sin embargo, ante los ojos de la otra gente, Teodoro no cambió en nada. Para el inseguro y débil dueño de la joyería la cara del indio asomándose a su escaparate, era toda una amenaza. Y cuando se atreve a poner el pie en la joyería, Teodoro se enfrenta a la imposibilidad de actuar como cualquier ciudadano con los medios para comprar una joya, y tiene la sorpresa de que el joyero saque la pistola y grite: "Ladrón, ladrón".

Cierra la escritora su relato con este párrafo lacónico:

Teodoro Méndez Acubal fue llevado a la cárcel. Como la acusación que pesaba sobre él era muy común, ninguno de los funcionarios se dio prisa por conocer su causa. El expediente se volvió amarillo en los estantes de la delegación.³

¹ Rosario Castellanos, *Ciudad Real*, Universidad Veracruzana. Xalapa, 1960, pág. 43.

² *Ibid.*, pág. 54.

³ *Ibid.*, pág. 61

b. *Balún Canán.*

En sus narraciones, la autora tiene ocasión de conjugar los muchos problemas que plantea la convivencia entre indígenas y blancos. En su primera novela, *Balún Canán* las condiciones en una finca azucarera en Chiapas forman el fondo para los acontecimientos que describe.

En esta finca, como en todas las otras, los indígenas se dividen en trabajadores que están permanentemente viviendo y trabajando en la finca, y en los que solamente vienen a trabajar durante la cosecha. Los amos son blancos conscientes de que su posición superior es un don natural y justo, aunque ellos mismos sean, como en este caso la esposa, de origen muy humilde. Pero se equivocan si creen que este "orden natural" es permanente. En la novela ya se manifiesta que el gobierno está tomando medidas para modificar las relaciones tradicionales entre los indígenas y los blancos. La autora describe estos esfuerzos gubernamentales y sus resultados en una parte importante de *Balún Canán*.

La trama se desarrolla en los años del gobierno del general Lázaro Cárdenas, cuando se hizo el intento de proporcionar algunos medios a los indígenas para que salieran de su situación de estancamiento. Ya se puede imaginar cual sería la reacción de los privilegiados blancos, que estaban acostumbrados al provecho que les rendía la subordinación del indígena en todos los aspectos. Estaban indignados y trataban de arreglárselas para no ceder en aquello que se les exigía. Esta indignación encuentra expresión en la esposa del hacendado, mientras éste piensa cómo evitar de cumplir con las nuevas obligaciones legales. Ella da rienda suelta a su indignación en la siguiente forma, refiriéndose al Presidente Cárdenas, a quien consideraban culpable de todos los males que les afectaban:

—¿Justo? ¿Cuando pisotea nuestros derechos, cuando nos arrebatara nuestras propiedades? Y para dárselas ¿a quienes? a los indios. Es que no los conoce; es que nunca se ha acercado a ellos ni ha sentido cómo apestan a suciedad y a trago. Es que nunca les ha hecho un favor para que le devolvieran ingratitud. No les ha encargado una tarea para que mida su

haraganería. ¡Y son tan hipócritas, tan solapados y tan falsos!... Y hubiera preferido mil veces no nacer antes que haber nacido entre esta raza de víboras.¹

El hacendado, mientras tanto, atiende a los asuntos prácticos. Se niega a construir una escuela como lo exige una nueva ley. Al final, los indígenas mismos tienen que construirla. Ahora le toca al hacendado cumplir con su obligación de poner un maestro. La elude en parte, empleando como maestro a un hijo ilegítimo suyo que apenas sabe las letras y que se emborracha a diario durante las clases y les pega a los niños sin motivo alguno. Así resultan burlados los niños de los indígenas que, con los ojos brillantes y ansiosos de aprender, bien peinados y limpios, habían acudido a su escuela. Los indígenas ven defraudadas sus esperanzas y pisoteados sus derechos recién adquiridos. Su indignación culmina al incendiar el ingenio de la finca. Le hubiera resultado más barato al hacendado poner una escuela y un maestro competente, ya que a consecuencia de las sublevaciones, tiene que huir de sus posesiones a la ciudad, donde al final sucumbe a una enfermedad su único hijo, en quien había depositado todas sus esperanzas de hacer persistir un orden injusto y caduco. Así pinta Rosario Castellanos un caso de la convivencia entre indígenas y blancos.

c. *Oficio de tinieblas* Y OTROS CUENTOS.

En su segunda novela, *Oficio de tinieblas*, trata el mismo problema en forma más general. Ni en estas dos novelas ni en sus cuentos se limita la autora a describir situaciones estáticas como sería fácil hacerlo con el tema indigenista. La autora busca más bien reflejar el dinamismo inherente en cada sociedad. En los casos descritos se trata de cambios intentados desde afuera. Como ya se desprendió de *Balún Canán*, la autora no tiene la ilusión de que estos cambios tengan éxito. Siempre nos hace ver fracasar intentos bienintencionados. Seguramente ella se lamenta al igual que los afectados de estos fracasos, porque

¹ Rosario Castellanos, *Balún Canán*. Fondo de Cultura Económica, México, 1957, pág. 46.

sabe que es deseable y necesario un cambio en la manera de vivir de los indígenas y en la actitud que los blancos tienen hacia ellos. Pero obviamente la autora duda que se haya encontrado una fórmula aplicable para la solución de esa situación insostenible. Veamos los ejemplos de esta posición, primero, en los cuentos, que siempre dan oportunidad a los autores de expresar en forma sintética su pensamiento, y, luego, en la novela ya mencionada, *Oficio de tinieblas*.

Los esfuerzos benévolos por parte de organizaciones o individuos son frecuentemente tema de los relatos de Rosario Castellanos. En los tres últimos cuentos de la colección *Ciudad Real* aparecen individuos que, con toda buena fé, quieren, cada quien a su manera, ayudar a los indígenas. Pero fracasan. En el cuento "La rueda del hambriento" y en "Arthur Smith salva su alma", los protagonistas acaban por desilusionarse de su labor dentro de una organización benéfica después de haber visto los motivos y fines poco nobles de sus colaboradores. Ellos mismos no están exentos de debilidades humanas, pero hay cierto límite en la interpretación de fines nobles. Ellos, cuando los medios y el fin no están ya en una relación razonable, se retiran. En el primer caso se trata de un niño a quien se deja morir sin necesidad, sólo para dar una lección, y, en el segundo caso, los fines aparentemente nobles de la organización tienen un segundo fin escondido, al que se le da preferencia en caso de duda.

En el cuento "El don rechazado", las buenas intenciones de un blanco fracasan ante la diferencia en puntos de vista de él y de una indígena acerca de lo que consideran conveniente y correcto. Esta falta de entendimiento entre la manera de pensar de los blancos y los indígenas tiene también, muchas veces, un papel importante en las obras de Rosario Castellanos. A veces da lugar a incidentes cómico-trágicos, pero nunca ocupa un lugar de primera importancia como los intentos de ayuda por parte del gobierno y de grupos o individuos, dentro del patrón general de la tendencia de querer mejorar la situación de los indígenas sin saber precisamente cómo. Como anunciamos, vamos a ver desarrollado este tema en la novela *Oficio de tinieblas*, de la misma autora.

En esta novela, los hechos tienen lugar nuevamente en la época del Presidente Cárdenas, cuya intervención en Chiapas fue de gran trascendencia. Esta vez el gobierno manda a un joven ingeniero a indagar si todos los hacendados están cumpliendo con sus obligaciones hacia los indígenas. Naturalmente, resulta que no es así. Los hacendados se oponen a la intervención del ingeniero y se unen con el clero para contrarrestar su influencia. De esta manera los indígenas están presionados ahora por dos lados: la iglesia y la autoridad gubernamental por medio del joven ingeniero. Como resultado, tratan de evadir los dos focos de presión y para eso recurren a sus propios medios. Por un lado buscan refugio en sus propios ritos religiosos, y por el otro llevan a cabo una verdadera sublevación. Pero, por circunstancias externas tanto como por su mentalidad, el levantamiento no es un golpe decisivo. Su odio se desahoga en algunas atrocidades y su fuerza se desvanece finalmente en la impotencia, después de haber reconocido que, a pesar de la crucifixión de un joven chamula —en realidad mestizo, fruto de un rapto de una indígena por un blanco— no se ha logrado el propósito de crear un propio Cristo chamula e igualarse con este hecho a los blancos.

Así es que la autora deja al lector con sus propias cavilaciones acerca de la solución de los problemas de los indígenas. Los individuos fracasan ante la complejidad de la tarea. Las organizaciones benéficas pueden muy poco o nada, según las circunstancias y sus miembros; el gobierno fracasa ante el sabotaje de los hacendados y el clero, y los indígenas mismos, son impotentes también, como lo implica la autora en la misma obra. Entonces ¿qué hay que hacer? La autora no da una solución. Nos convence —al igual que sus colegas antropólogos— de que no pueden seguir así las cosas, pero la solución no parece estar a la vista y mucho menos a la mano.

7. CONCLUSIONES.

El estudio de la primera de las cuatro secciones del aspecto de México a través de su novela posrevolucionaria, transmite un aspecto pesimista. Primero, los autores nos presentan innumerables cuadros de

situaciones injustas y deplorables, vergonzosas para el ciudadano del siglo XX dentro de la muy alabada cultura occidental, y luego nos privan del consuelo de que haya posibilidades para abolir tanta injusticia y miseria. Tampoco nos dejan con la ilusión de que sus cuadros sean parte del pasado o fruto de la fantasía artística de los escritores. El enganchador de trabajo es una realidad hoy como lo era en los tiempos de Porfirio Díaz; en contra de las enfermedades se ha luchado con algún éxito, pero si el DDT y el agua purificada no van acompañados con condiciones de vida saludables, entonces es poco su beneficio. La explotación de la fuerza del trabajo del indígena en las fincas está a la orden del día; su posición social no ha cambiado en nada, y si uno u otro sabe leer, no le ha servido para conquistar derechos o evitar fraudes en contra suya. El indígena sigue totalmente al margen del resto de la población de México, pisoteado y despreciado por los sectores de ella que conviven en él.

Todas estas circunstancias, descritas por los autores mencionados, son, desde luego, circunstancias reales y del presente, ya que los escritores se basan en investigaciones antropológicas o en observaciones personales. Además, se pueden comprobar y fundamentar con los trabajos de otros antropólogos o sociólogos, por ejemplo el excelente tomo de Alejandro Dagoberto Marroquín, *Panchimalco*, que arroja luz científica e información estadística sobre lo que relatan nuestros autores y lo que está abierto a la observación de todo el que se aleja de la capital y ve los pueblos de la provincia donde se lleva a cabo el contacto entre "ladinos" e indígenas. Muy instructivo es el inciso del libro mencionado que describe el advenimiento del ladino y sus características.¹

Las narraciones indigenistas posrevolucionarias son un testimonio acusador, y lo serán en el futuro, de la situación de todo un sector de la población —un 10%— de un país que se supone modelo de creciente bienestar económico. Las narraciones indigenistas nos recuerdan que existen miles y miles de seres humanos olvidados por el progreso, la ciencia y la conciencia de la humanidad.

¹ Alejandro Dagoberto Marroquín, *Panchimalco*. Editorial Universitaria. San Salvador, El Salvador, 1949. Págs. 260 y 261.

EL MEXICO RURAL

III. EL MEXICO RURAL

1. INTRODUCCIÓN A LOS PROBLEMAS.

Después de haber considerado la situación de los indígenas en México, vamos a contemplar el panorama que la Novela Posrevolucionaria nos ofrece del campo y su población, con excepción de los grupos indígenas.

Sobre este tema encontramos una literatura mucho más abundante que la relativa a los grupos indígenas. Eso se debe a que la población "blanca" o mestiza del campo es mucho más accesible a los escritores que los grupos indígenas. Sólo unos cuantos escritores contemporáneos se han decidido a tratar el tema de los indígenas por falta de contacto con ellos y, por lo tanto, por falta de un verdadero conocimiento de ellos. Hasta un escritor tan penetrante como Fernando Benítez se rinde ante el indígena. Pone en la boca de uno de sus personajes las siguientes palabras acerca de los indígenas:

Todos mis esfuerzos por comprenderlos y civilizarlos han resultado inútiles. Los veo, los toco, los oigo hablar y me pregunto: ¿Qué hay detrás de esos ojos? ¿Cuáles son sus verdaderos sentimientos? ¿En qué estarán pensando?... Yo los he visto salir de sus delirios y le confieso a usted que he tenido miedo. Saben algo que nosotros ignoramos y en ese secreto radica su fuerza para sobrellevar, impasibles, las mayores adversidades. Podrían dejarse arrancar el corazón sin dejar de sonreír.¹

¹ Fernando Benítez, *El agua envenenada*. Fondo de Cultura Económica. México, 1961. Págs. 75 y 78.

Parece que Fernando Benítez trata de esclarecer el enigma en su libro extraordinario. *Los hongos alucinantes*.¹

En cuanto a la vida del campo poblado por mestizos y blancos, Fernando Benítez, lo mismo que otros escritores mexicanos, es un verdadero conocedor. Todos ellos describen en forma impresionante el campo mexicano con todos sus problemas. Hay que subrayar "problemas" porque el lector cándido tal vez espere otro enfoque en la narración acerca de la vida del campo. Desde Virgilio a través de Fray Luis de León hasta Manuel José Othón, los poetas han descrito las bellezas del campo y la delicia de vivir tranquilamente en él. ¿Por qué ni uno de los escritores contemporáneos canta himnos a la belleza incomparable del paisaje mexicano, con sus volcanes y bosques majestuosos, sus campos pintorescos de maguey y la vida contemplativa en valles fértiles o cerros frondosos? La respuesta es que los autores de la novela posrevolucionaria tienen sus dos pies en la tierra y los ojos fijos en lo que más importa: el hombre. Lo que ven de él absorbe toda su atención porque es asombroso y a veces espeluznante, tanto que les impide dirigir su mirada a las verdes y airosas copas de los árboles, a la claridad del cielo y la majestad de las montañas que seguramente podrían ofrecerles un espectáculo más agradable. Pero saben que eso sería huir de la realidad, de la realidad social que tradicionalmente ha sido la preocupación de los escritores latinoamericanos, como lo hace notar en forma muy instructiva Agustín Yáñez en su ensayo "El contenido social de la literatura iberoamericana".²

Esta realidad social es, pues, lo que capta la atención de los escritores posrevolucionarios en sus relatos acerca de las áreas rurales de México. Y desde este punto de vista describen la vida, aunque eso significa a veces describir la antesala del infierno, como lo formula Fernando Benítez:

¹ Fernando Benítez, *Los hongos alucinantes*, Ediciones Era, México, 1964.

² Agustín Yáñez, "El contenido social de la literatura iberoamericana". *Jornadas*. El Colegio de México, N° 14.

Yo concibo ese lugar de tormentos como una aldea mexicana donde todo fuera sórdido, donde el reposo se manchara a fuerza de alcohol y de pornografía, y donde reinara un cacique rodeado de pistoleros, de pequeños hombres crueles, analfabetos y lujuriosos, que engordaran montados sobre la espalda de unos esclavos fatigados y miserables.¹

Los habitantes de este Purgatorio están oprimidos por muchas vejaciones que son precisamente los problemas a que nos referimos antes. Los problemas son muchos y diversos. Los que sobre todo aparecen en las narraciones acerca del campo son los siguientes: el caciquismo, el reino de la ley de la selva, la corrupción de las autoridades, la Iglesia, la tierra, el agua, la ignorancia, la brutalidad, las condiciones de trabajo. Veamos cómo se refleja cada uno de ellos en las diferentes obras.

2. JUAN RULFO: *Pedro Páramo* Y EL CACIQUISMO.

Uno de los principales azotes de la población rural es el caciquismo. El caciquismo es una institución muy antigua en México. La palabra "cacique" tiene su origen en una lengua autóctona del continente americano. En el México precortesiano ya encontramos el caciquismo. Muchos caciques alcanzaron inmortalidad en la historia por su importancia durante la Conquista. Los caciques son los que trataban principalmente con los conquistadores porque ellos tenían el poder sobre el resto de la población, tanto económico como social.

Después de la Conquista, en muchas regiones del país, el cacique indígena cedió su lugar al encomendero español; éste al señor feudal criollo, y éste luego al cacique mestizo. Así, el caciquismo sólo ha cambiado en cuanto han cambiado las costumbres y las formas de obtener el poder y la riqueza.

Hoy el caciquismo controla todavía grandes zonas de la población rural, y así se explica que las novelas que tienen como tema central la vida en el campo, suelen tratar extensivamente del caciquismo.

¹ El agua envenenada, pág. 105.

La novela más conocida de este grupo es la de Juan Rulfo, titulada *Pedro Páramo*. En ella, la realidad se vuelve irreal, y lo irreal se convierte en realidad, pero en todas las esferas domina siempre la persona del cacique. Pedro Páramo. El es el amo y dueño de todo; nadie disputa su suprema autoridad, nadie le opone resistencia. Cuando muere, todo lo que él dominaba, se derrumba. El era al mismo tiempo el alma y la perdición de todos los que incluía su cacicazgo.

Como respuesta a la pregunta de por qué el caciquismo ha podido sobrevivir en tantas regiones, Fernando Benítez presenta en su novela *El agua envenenada* la tesis de que los mexicanos tienen miedo a la libertad y que por eso no se oponen a los caciques. Dice el personaje del cacique:

Los mexicanos le tenemos miedo a la libertad... La gente no desea libertad, sino autoridad, no desea democracia sino hombres fuertes a quienes obedecer y reverenciar como lo ha hecho desde los tiempos del Emperador Moctezuma. Entre nosotros la libertad es un sueño o es una pesadilla, pero nunca una realidad.¹

Sin embargo, el desenlace de *El agua envenenada* constituye una excepción a esta tesis, porque el pueblo, harto de los abusos y del cinismo del cacique y sus pistoleros, se levanta como un hombre y desafía al cacique, matándolo al fin. El argumento de la novela es como un caso moderno de la comedia de Lope de Vega, *Fuenteovejuna*.

En los autores de otras novelas del campo, la tesis de Fernando Benítez parece tener validez. Difícilmente se levanta el pueblo contra los caciques y les opone una fuerza igual a la suya. Son otras fuerzas y otros caciques los que luchan en contra de los primeros. Entre iguales luchan y se deshacen, pero el pueblo queda sometido por el cacique vencedor. Éste es el caso en *Las tierras flacas* de Agustín Yáñez, en donde un hijo del viejo cacique patriarca establece otro cacicazgo y desafía y acaba finalmente con el de su padre. Caso semejante se pre-

¹ *El agua envenenada*, págs. 91 y 93.

senta en *La tierra pródiga*, del mismo autor, en que tres caciques luchan a muerte uno en contra del otro. Y en *Pedro Páramo* es la muerte del cacique la que acabó con el cacicazgo, no la fuerza humana del pueblo sometido.

3. AGUSTÍN YÁÑEZ: *Las tierras flacas* Y LA LEY DE LA SELVA.

En todas estas luchas vale solamente una divisa: el fuerte triunfa, ya sea otro cacique, el pueblo o la muerte. Reina la ley de la selva. No cuentan valores como la justicia, la piedad, el derecho, la integridad, etc. Sólo la violencia rige las relaciones entre los hombres. Quien estorba, será eliminado. Los ejemplos son, en *El agua envenenada*, el pretendiente de una muchacha codiciada por el cacique, y el campesino que no quiere vender la tierra que se le antoja poseer al cacique. Lo que no se logra por medios legítimos, se hace por medios ilegítimos y violentos, como el robo de la máquina de coser en *Las tierras flacas*. El más acomodaticio y vil siempre triunfa.

4. FERNANDO BENÍTEZ: *El agua envenenada* y

a. LA CORRUPCIÓN DE LAS AUTORIDADES.

El pueblo ignora que también tiene gran fuerza cuando todos se reúnen para lograr determinado fin, como acaece en *El agua envenenada*. El pueblo ignora su fuerza porque ya está imbuído de ideas de la civilización sin que ésta haya llegado a modificar su medio. Se le enseña que la manera de obtener justicia es la legal y democrática. Pero esta vía está obstruída por la corrupción de todo el cuerpo administrativo de muchos pueblos. Las autoridades pueblerinas son impuestas o están dominadas por los caciques, de manera que no hay vía legal o democrática para el pueblo. Queda solamente la violencia, para la cual faltan muchas veces las armas, la decisión, y también la oportunidad por la intimidación que imponen las autoridades y el cacique. Saben que la violencia franca encontrará seguramente castigo por parte de las autoridades, mientras los crímenes del cacique y sus cómplices quedan impunes.

b. LA IGLESIA.

Además, en los púlpitos se predica que los campesinos deben ser sumisos y pacientes; que deben llevar la cruz de esta vida. En todos los relatos de la vida del campo aparece, en una forma u otra, la influencia de la Iglesia, ya sea en la celebración de las fiestas o en la presencia del cura. La novela *El agua envenenada* es, a este respecto, un caso extremo, porque el autor relata todos los sucesos a través de un cura. Al analizar el papel que tiene este cura en los acontecimientos, Fernando Benítez analiza el papel que representan por regla general la Iglesia y los sacerdotes pueblerinos en el campo. Los sentimientos de éstos están dentro de la mejor tradición de Hidalgo y Morelos que, independientemente de la Iglesia, se identificaron con el pueblo y lo condujeron a la rebelión armada contra sus opresores. Sin embargo, el cura del pueblo Tajimaroa, del que trata *El agua envenenada*, tiene cuidado de limitar su simpatía sólo al sentimiento excluyendo la acción. Siente que su única obligación como sacerdote es mantener el orden, proteger la vida de los hombres por más criminales que sean, y llevar los sacramentos a los que ya sucumbieron en la violencia —es decir, una actitud totalmente estéril. De esta manera el cura se atrae el odio del pueblo, el desprecio del cacique y la censura de la Iglesia.

Como ya dijimos, este caso de preponderancia del elemento eclesiástico en una novela sobre el medio rural es extremo. En las otras novelas del mismo tema la Iglesia figura mucho menos. En *Pedro Páramo* no tiene ninguna importancia, en *Las tierras flacas* hay referencias de vez en cuando a la Iglesia, lo mismo que en *La tierra pródiga* y en *La feria* de Juan José Arreola.

En muchas partes la población del campo vive aislada y diseminada para poder incorporarse a la vida eclesiástica. Además, es demasiado pobre para mantener una vida religiosa con todas las ceremonias, un edificio y un cura. Tiene muchas necesidades prácticas que no puede llenar la Iglesia, como lo veía con cierta amargura el cura de Tajimaroa. Los sacerdotes no aprenden a curar enfermos ni intervienen en muchas otras tareas concretas que son necesarias para ayudar verdade-

ramente a los hombres del campo. La vida espiritual es un lujo que no se pueden permitir grandes sectores de la población del campo.

5. JOSÉ ARREOLA: *La feria* Y JUAN RULFO: "NOS HAN DADO LA TIERRA."

Juan Rulfo es maestro en describir los pueblos abandonados, dominados por la más grande miseria. Toda la novela *Pedro Páramo* es precisamente, como lo sugiere el título, el relato de gentes que viven en tierras áridas y abandonadas.

De todas las novelas rurales se desprende la preocupación central del campo, la causa principal de su pobreza: la falta de tierra cultivable para grandes sectores de la población rural que depende de su cultivo para su sustento.

El problema de la posesión de la tierra es casi tan antiguo como el del cacicazgo. Desde la Conquista la tierra empezó a pasar a manos de unos cuantos, despojando de ella a los muchos. Juan José Arreola da un brevísimo panorama de este curso de la historia en su libro encantador *La feria*:

Lo cierto es que la tierra ya no es de nosotros y allá cada y cuando nos acordamos. Sacamos los papeles antiguos y seguimos dale y dale. "Señor Oidor, Señor Gobernador del Estado, Señor Obispo, Señor Capitán General, Señor Virrey de la Nueva España, Señor Presidente de la República... Soy Juan Tepano, el más viejo de los tlayacanques, para servir a usted: nos lo quitaron todo..."¹

Recuperar la tierra fue el anhelo de las grandes masas de campesinos, indios y mestizos, que con esta esperanza se lanzaron a la Revolución, ya sea en el Norte bajo la bandera de Pancho Villa o en el Sudoeste bajo la consigna de Zapata "¡Tierra y Libertad!" El problema de la tierra ha preocupado a los escritores de la Novela de la Revolu-

¹ Juan José Arreola, *La feria*. Editorial Joaquín Mortiz, S. A., México 7, D. F., 1963, pág. 8.

ción y sigue siendo uno de los grandes temas literarios hasta la fecha. Ello se debe a que no se ha resuelto todavía y acaso no se vaya a resolver nunca en la forma deseada por los campesinos. Una muestra de eso es que el actual presidente de la República proclamó hace poco en la tierra de Zapata, que no hay tierra para todos.

Ya en la Novela de la Revolución encontramos un tono pesimista acerca de la solución satisfactoria del problema agrario. Hay que recordar la obra notable de Gregorio López y Fuentes, *Tierra*, en la que los campesinos y su líder Zapata ya sabían al final de la Revolución que sus esfuerzos y sacrificios no les habían traído el resultado deseado, la posesión de la tierra y con ella, el mejoramiento económico. Hoy, cuarenta y cinco años más tarde, siguen anhelando lo mismo. En muchos casos sus deseos se han colmado aparentemente con la dotación de tierra, pero por falta de créditos o de riego en las tierras áridas, aun estas dotaciones no han tenido muchas veces el resultado esperado.

Otra vez es Juan Rulfo quien ha captado admirablemente el ambiente de los campesinos hambrientos de tierra y frustrados en su deseo de obtenerla. En su tomo de cuentos *El llano en llamas*, la frase irónica "nos han dado la tierra" forma el título de un cuento sobre este tema.

En este relato el autor narra la entrega de tierras a unos campesinos. Lo hace con tanta maestría que sólo una cita extensa puede hacer justicia al cuento:

Nos dijeron:

—Del pueblo para acá es de ustedes.

Nosotros preguntamos:

—¿El llano?

—Sí, el llano. Todo el Llano Grande.

Nosotros paramos la jeta para decir que el llano no lo queríamos. Que queríamos lo que estaba junto al río.

Del río para allá, por las vegas, donde están esos árboles llamados casuarinas y las paraneras y la tierra buena. No este duro pellejo de vaca que se llama el Llano. Pero no nos dejaron decir nuestras cosas. El delegado no venía a conversar

con nosotros. Nos puso los papeles en la mano y nos dijo:

—No se vayan a asustar por tener tanto terreno para ustedes solos.

—Es que el llano, señor delegado...

—Son miles y miles de yuntas.

—Pero no hay agua. Ni siquiera para hacer un buche hay agua.

—¿Y el temporal? Nadie les dijo que se les iba a dotar con tierras de riego. En cuanto allí llueva, se levantará el maíz como si lo estiraran.

—Pero, señor delegado, la tierra está deslavada, dura. No creemos que el arado se entierra en esa como cantera que es la tierra del Llano. Habría que hacer agujeros con el azadón para sembrar la semilla y ni aun así es positivo que nazca nada; ni maíz ni nada nacerá.

—Eso manifiésteno por escrito. Y ahora váyanse. Es al latifundio al que tienen que atacar, no al Gobierno que les da la tierra.

—Espérenos usted, señor delegado. Nosotros no hemos dicho nada contra el Centro. Todo es contra el Llano... No se puede contra lo que no se puede. Eso es lo que hemos dicho... Espérenos usted para explicarle. Mire, vamos a comenzar por donde íbamos...

Pero él no nos quiso oír.

Así nos han dado esta tierra. Y en este comal acalorado quieren que sembremos semillas de algo, para ver si algo retoña y se levanta. Pero nada se levantará de aquí. Ni zopilotes... Uno los ve allá cada y cuando, muy arriba, volando a la carrera; tratando de salir lo más pronto posible en este blanco terregal endurecido, donde nada se mueve y por donde uno camina como reculando.¹

Hasta aquí el cuento, la transfiguración artística de la realidad. Y aquí la realidad como se desprende de la siguiente noticia publicada en el diario *El Excelsior*, el 21 de septiembre de 1964:

¹ Juan Rulfo, *El llano en llamas*. Cuarta edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1959. Págs. 17 y 18.

RECHAZAN LOS CAMPESINOS LAS TIERRAS ESTÉRILES EN LA LAGUNA Y P. NEGRAS.

Tlaxcala, Tlax., 20 de septiembre.—El Gobierno fracasó en su intento de repartir mil quinientas hectáreas de las zonas estériles de las haciendas ganaderas La Laguna y Piedras Negras. De los doscientos veintisiete campesinos que serían “beneficiados” sólo uno se presentó a la hora del reparto.

Indicase que las haciendas, obligadas a ceder parte de sus tierras, escogieron las peores, solapadas por el gobierno local.

El rechazo es más significativo porque los campesinos están muy deseosos de tener su parcela.

Ante tal paralelismo entre ficción y realidad resulta supérfluo cualquier comentario.

La tierra es un elemento tan apreciado que los dueños, una vez que la han poseído, se aferran a ella con singular terquedad aunque la tierra se haya vuelto árida e inútil por alguna circunstancia. Así pasa en *Las tierras flacas*, de Yáñez, en *El luto humano* de Revueltas y en el cuento “Luvina” de Rulfo. Los dueños no se desprenden de la tierra aunque están seguros de no poder sembrar con esperanzas de una cosecha sea por falta de agua o por la pobreza de la tierra. Además, influye en esta actitud el hecho de que los dueños no tienen otra alternativa que seguir ligados a ella. Su tierra y su pueblo han sido por muchos años todo su mundo; ahí están sus recuerdos y sus muertos, y no quieren dejarlos. Los jóvenes, que todavía no han echado raíces en su pueblo natal, sí se deciden a abandonarlo para ir a las ciudades y aun al extranjero como veremos más adelante.

Como lo indica el título, la tierra también es el objeto central de la novela de Yáñez, *La tierra pródiga*. Se trata de tres caciques que se disputan la posesión de vastas regiones costeñas prodigiosamente fértiles y que todavía no han visto la mano humana capaz de cultivarlas. En esta novela la esperanza de un pingüe aprovechamiento de estas tierras ilumina el futuro, a diferencia de aquellas —que aparecen en otras novelas— en las que no hay esperanza de rendimiento y que yacen en la decadencia progresiva.

6. FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ: "SED".

Es natural que el problema del agua esté íntimamente ligado al problema de la tierra. Sin agua, la tierra no tiene ningún valor. Así lo vemos en el cuento "Nos han dado la tierra", en que se les dio a los campesinos un llano árido. En *Las tierras flacas*, de Yáñez, las tierras de los dueños de la máquina de coser ya no tenían valor por falta de agua, y, en contraste, la abundancia de agua hacían pródigas las tierras de la costa de Guerrero en la novela del mismo autor, llamada *La tierra pródiga*. Y en la novela de José Revueltas *El luto humano*, la creciente escasez del agua expulsó a casi todos los habitantes de un pueblo.

Fácilmente se explica que los habitantes del campo atribuyan una gran importancia a todo relacionado con el agua cuya escasez es una amenaza para su existencia. Considerando esta cuestión de vida y muerte, se explica la horrible venganza que relata Rojas González en uno de sus cuentos, llamado "Sed" de la colección del mismo nombre publicado en 1937. Un campesino acomodado era el dueño afortunado de una laguna artificial en el tiempo de gran sequía. A pesar de ruegos y súplicas, se rehusa a dejar beber en su laguna al ganado que muere de deshidratación, a los campesinos menos afortunados y aun a los hijos de éstos. La laguna está vigilada rigurosamente y se rechaza a tiros a quien se aproxima a ella. Los campesinos se ven obligados a sufrir las graves consecuencias de la sequía por el egoísmo del dueño de la laguna quien se hace acreedor de sus más profundos rencores.

Un día los campesinos regresan borrachos de una fiesta y ven a lo lejos a su enemigo a caballo. Embravecidos por el alcohol, lo acosan primero con palabras y luego con hechos hasta llevarlo a su propia laguna donde lo obligan a tomar tanta agua de la que no había querido compartir, hasta que se ahoga.

De manera igualmente violenta termina otro suceso relacionado con la posesión más apreciada de los campesinos en la novela *El agua envenenada*. En este relato el rumor de que el cacique ha envenenado el agua instiga a todo el pueblo a la acción violenta en contra del cacique, sus pistoleros y su familia, para finalmente romper una sujeción de muchos años.

7. FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ: "EL GUARAPO" Y "FUERA CON YO".

Otro problema que pesa sobre la población del campo es el de las pésimas condiciones de trabajo. Muchos son los casos de percances ocurridos en minas de arena y otros lugares de trabajo manual pesado y peligroso en que los trabajadores no están suficientemente protegidos por negligencia o rapacidad del dueño del establecimiento. Francisco Rojas González nos relata dos casos de esta naturaleza. Uno ocurre en una hacienda azucarera, el otro en una mina. En los dos relatos el autor excede el marco de la descripción factual de condiciones lamentables. Llama más bien la atención sobre el hecho de cómo en las condiciones de trabajo que existen en las áreas rurales de México el ser humano pierde su valor individual y su dignidad para convertirse en simple mano de obra, en mercancía, en materia.

En el cuento "El guarapo"¹ este hecho se refleja por medio de la crueldad de los detalles del incidente. La trama del cuento es, en breve, la siguiente: un trabajador cae en la presa en que se elabora la caña y donde el grueso jarabe, llamado guarapo, se convierte poco a poco en piloncillo. Las máquinas despedazan al infortunado trabajador ante los ojos de sus compañeros que en vano suplican al dueño que pare la maquinaria para salvar siquiera el cadáver. Pero el hacendado no detiene las máquinas porque esto significaría perder el rendimiento de ese día. Tampoco da una compensación a la viuda del trabajador, pero generosamente le manda el piloncillo que se produjo en exceso al final del día, porque éste le corresponde, ya que el cuerpo hizo mayor el rendimiento. Y entonces el atónito lector ve como la viuda cuelga algo de este piloncillo sobre la mesa con la veladora, viendo en él los restos mortales de su esposo. Para ella esta materia sin vida adquiere cualidades humanas, mientras para el hacendado el trabajador, ni siquiera en vida, era otra cosa que una mercancía.

El segundo caso del mismo tema se encuentra en el cuento "Fuera con yo",² que trata de lo siguiente: en el pozo de una mina sube y

¹ Francisco Rojas González, *Cuentos de Ayer y de Hoy*, tercera edición. Editorial Arte de México, México, 1946.

² *Idem.*

baja un pequeño y primitivo elevador. Por él suben y bajan herramientas y otros objetos. Cada vez que con el movimiento irregular del elevador se cae un objeto, los trabajadores que lo notan gritan para prevenir a sus compañeros de abajo: "¡Fuera con el martillo!" o "¡Fuera con la pala!" o con el objeto que cae. Al comenzar y terminar la jornada, los trabajadores usan también el elevador. Una tarde, como de costumbre, un trabajador sube en él después de su trabajo de largas horas a trescientos metros de profundidad. De repente nota que se está cayendo del elevador al abismo negro, y todo lo que sabe gritar en su angustia es "¡Fuero con yo!" como si fuera también una simple herramienta.

8. LA IGNORANCIA Y LA BRUTALIDAD EN VARIAS NARRACIONES.

Por último hablaremos de dos aspectos más que hacen resaltar los autores en sus obras sobre la vida del campo y que constituyen otro de sus grandes problemas. Este es la ignorancia y la brutalidad.

En todos los cuentos de Juan Rulfo hay cierta dosis de estos dos elementos, íntimamente ligados. Relatos de asesinatos, de pasiones ilegítimas, de promiscuidad, abundan en el tomo *El llano en llamas*. De igual manera aparecen estos elementos en las novelas de Yáñez en la descripción de las pasiones y las acciones de los caciques, y también en el relato del cura pueblerino en *El agua envenenada* encontramos ejemplos de ignorancia y brutalidad. Ahí el sacerdote se pregunta con justa razón cómo es posible tanta brutalidad entre gentes que se dicen cristianos.

El aislamiento, el atraso y la pobreza de los pueblos y rancherías son los culpables de esta ignorancia y brutalidad. Muchos niños carecen todavía de escuela o solamente disfrutaban los primeros años de instrucción. En muchos casos la pobreza hace imposible cualquier formación espiritual de la población. Fernando Benítez dice de cierto sector de ella que:

son unos seres elementales que se vengan de la falta de oportunidades, tomando y dejando a las mujeres sin escrúpulos, embriagándose o riñendo de modo salvaje, como si en

el fondo de sus conciencias primitivas latiera un propósito de aniquilamiento.¹

Las mujeres del campo entran solamente en un segundo plano de la vida rural. Ellas, no sólo tienen que cargar con todos los problemas referidos, sino también con los hombres y sus niños. La continuación de la cita anterior da en síntesis un cuadro de la vida de la gran mayoría de las mujeres de los pueblos:

En este mundo de pasiones vírgenes, las mujeres siempre llevan la carga más pesada. Privadas de la libertad y de los brutales desahogos de los hombres, abandonadas casi siempre, deben encarar la realidad dócilmente. Aquí hay sorpresas. Esa mujer prematuramente envejecida que habla alegremente acurrucada detrás de su olla, se ha levantado a las dos de la mañana para hacer los tamales y a las cinco ha venido al mercado. Concluida la venta, preparará la comida del marido, un holgazán borracho, y a las siete de la noche se sentará en la orilla de la acera esperando a que arrojen al marido de la cantina, como se arroja un fardo, lo cual ocurre invariablemente todos los días del año, y allí se está, haga frío, llueva o truene, hasta que el hombre vuelve en sí y puede llevarse a la cama.

Yo le aconsejo:

—Déjalo tirado. Déjalo que reviente, mujer. Es un miserable que sostienes con tu trabajo, y él en cambio te golpea. ¿No tienes compasión de ti misma?

—Ah, señor cura —responde— ésta es mi cruz y debo llevarla con alegría.

Su vecina, esa otra mujer que envuelve en un chal negro su rostro altivo y seco, como tallado en un trozo de madera oscura, ha visto perderse a sus dos únicas hijas. Las dos, fatigadas de rodar, han vuelto a la casa materna con hijos y ella debe mantenerlos a todos vendiendo zapatos y cintas, entre las moscas y el lodo del mercado.

No se quejen nunca, no les agrada referir sus historias. Si se les inulta, contestan con insultos, y si escuchan una palabra compasiva, si advierten el menor signo amistoso, estas muje-

¹ Fernando Benítez, *El agua envenenada*, pág. 42.

res bajan la cabeza avergonzadas, se cubren la cara con el rebozo y sólo sus hombros sacudidos convulsivamente nos dicen que se están deshaciendo en lágrimas.¹

También Agustín Agustín Yáñez tiene dos largos párrafos del sufrimiento de la mujer en el campo en su novela *Las tierras flacas*. En su pintura de la esposa del cacique, ni a ella le concede cierto margen de placer en su vida trabajosa.

9. RESUMEN Y CUADRO GENERAL.

En resumen, se puede decir que la Novela Posrevolucionaria nos trasmite un cuadro muy pesimista de la situación en el campo. Del mismo modo que vemos en las obras narrativas del México indígena algunos intentos del gobierno y particulares para mejorar las condiciones de vida, esos intentos los vemos también en las obras posteriores que tratan del campo, por ejemplo en los cuentos "Nos han dado la tierra" y "Luvina" y en la novela *La tierra pródiga*. Pero todavía quedan grandes sectores de la población rural que no han disfrutado de los beneficios de una reforma agraria o de un plan en pro de la educación. Los problemas de la población rural mestiza son asimismo tan complicados como los de los grupos indígenas, como lo demuestra su persistencia y su multiplicidad. No se ha encontrado la fórmula para que pueda vivir la población del campo sin toda clase de privaciones.

10. JUAN RULFO: "PASO DEL NORTE" Y LA HUÍDA DEL CAMPO.

Muchos habitantes del campo, para huir de situación tan desesperada, se van a la ciudad. Cual es la fortuna que les espera en su nuevo ambiente, lo veremos al estudiar la vida metropolitana. Otros habitantes del medio rural tratan de mejorar su suerte contratándose como braceros en los Estados Unidos de Norteamérica. Pero ni lo uno ni lo otro es una solución para los problemas del campo; esas evasiones son sólo los síntomas de una situación grave. Es de nuevo Juan

¹ El agua envenenada, págs. 42 y 43.

Rulfo quien pinta con gran maestría el caso sintético de un campesino que busca mejorar su suerte por medio de la emigración temporal al norte. El cuento al respecto se llama "Paso del Norte" y simboliza la situación desesperante de todos los campesinos que ponen su última esperanza en pasar a los Estados Unidos para ganar dólares y mejorar su suerte.

En el "Paso del Norte" se trata de un comerciante de puercos que por falta de animales y de capital, decide ir al norte a trabajar. Encarga a su padre el cuidado de su esposa y de cinco niños. El diálogo entre padre e hijo está lleno de verdades amargas que el hijo expresa, en su manera campesina y sencilla pero acertada, al padre que no quiere aceptar la carga de sus nietos. Este reproche, declarado o implícito, de los niños a sus padres de que no los han educado bien por ignorancia o negligencia, lo encontramos repetido al estudiar la vida de la metrópoli. Así habla el hijo en el cuento "Paso del Norte".

¿Qué me gané con que usted me criara?, puros trabajos. Nomás me trajo al mundo al averíguatelas como puedas. Ni siquiera me enseñó el oficio de cuetero, como pa que no le fuera a hacer a usted la competencia. Me puso unos calzones y una camisa y me echó a los caminos pa que aprendiera a vivir por mi cuenta... Usted me nació. Y usted tenía que haberme encaminado, no nomás soltarme como caballo entre las milpas... Me voy entristecido, padre, aunque usted no lo quiera creer, porque yo quiero a mis muchachos, no como usted que nomás los crió y los corrió.¹

Finalmente, el padre accede a cuidar a los nietos, y el hijo se va en busca de trabajo a la ciudad y después hasta el norte, en la frontera. Ahí le prometen pasarlo al lado de los Estados Unidos por doscientos pesos. El joven los consigue y emprende confiado su caminata hacia el otro lado. Grande es su sorpresa cuando al cruzar el río escucha balazos que hieren de muerte a un compañero suyo, y a él mismo en un brazo. Las autoridades lo regresan a su pueblo, donde encuentra a su padre y a sus hijos, pero entre tanto su esposa se había ido con otro

¹ El llano en llamas, págs. 120 y 121.

hombre. Y su casa la había vendido el padre "pa pagarse lo de los gastos" y el hijo le debe todavía treinta pesos por el valor de las escrituras.

En esta forma expresa Juan Rulfo la tragedia de los que intentan mejorar su situación contratándose como braceros.

11. CONCLUSIONES.

Se puede alegar que no a todos los braceros les va tan mal, y que no todos los campesinos carecen de tierras y de medios suficientes para subsistir. Eso es cierto, pero los escritores siempre buscan lo notable y dramático, lo que hace falta subrayar porque no todos lo quieren ver. Y en este caso lo dramático es que no todos disponen siquiera de un mínimo de medios de subsistencia. Y los que ayer lo tenían, pueden perderlo hoy y no tenerlo mañana. Esta tendencia de inseguridad y fracaso la hacen notar todos los escritores que tratan del campo. Según el hijo del cuento "Paso del Norte", él todavía comía hace dos semanas; hace una semana, apenas comía, y en la próxima ya no sabe de dónde conseguir lo más mínimo.

Un tono semejante predomina en la novela *Pedro Páramo*. En un tiempo, aunque bajo el dominio de un cacique, todo florecía, luego decae todo poco a poco hasta que solamente quedan recuerdos y muertos. De igual manera, en *Las tierras flacas*, la familia protagonista, dueña de la disputada máquina de coser, vivía en un tiempo en cierta abundancia. Pero ya en la época que se describe en la novela, está por perder su último pedazo de tierra, que, además, ya se había vuelto cada vez más árida. Y no hay que olvidar que el autor de *Las tierras flacas*, Agustín Yáñez, es el menos pesimista entre la generación de los contemporáneos. Y aunque en su novela *La tierra pródiga* demuestra cierto optimismo sobre las posibilidades de desarrollo de las tierras vírgenes, finalmente este optimismo lo contrarrestan los caciques atrabiliarios y corrompidos que se apropian los créditos de los ejidatarios, destruyendo así todo intento del gobierno para mejorar la suerte de los campesinos. Y finalmente, al pensar en *El agua envenenada*, nos

acordamos que también Tajimaroa estaba en plena decadencia. La corrupción de las autoridades y la arbitrariedad del cacique impedía, no sólo cualquier mejoramiento, sino también el desarrollo normal del pueblo.

Para convencerse de que en todos los casos narrados por los novelistas hay algo de verdad, basta leer los diarios y otras publicaciones periódicas. Y quien tenga poca fe en los periódicos, puede emprender un viaje a los Estados de Guerrero o Yucatán, Chiapas o Sonora, para convencerse de que la realidad supera en desesperación y desgracia a la ficción, en la que el ropaje literario permite considerar que, al final de cuentas, sólo se trata de una ficción; pero en vista de la triste situación y de los problemas de la vida del campo, es peligroso olvidar que esa ficción está fundada en la realidad.

LAS CIUDADES DE LA PROVINCIA

IV. LAS CIUDADES DE LA PROVINCIA

1. INTRODUCCIÓN.

Otra parte importante de la República Mexicana que figura en las narraciones contemporáneas es la representada por las ciudades de la provincia. Estas ciudades no son una simple imitación de la metrópoli, ni aglomeraciones de campesinos sino entidades con un carácter especial en cuanto a su estratificación social. Cada ciudad provinciana tiene características particulares debidos a factores geográficos, económicos, y étnicos de su población. Pero también tienen entre ellas muchos rasgos comunes. Para subrayar un carácter particular, los autores se refieren siempre a una ciudad determinada; para delinear los rasgos comunes, pueden inventar un nombre ficticio. Ejemplos del primer caso los dan Rosario Castellanos, que describe Comitán y San Cristóbal de las Casas en sus novelas; Carlos Fuentes, que analiza Guanajuato, y Agustín Yáñez, que indica la región, como Jalisco o Guerrero, pero que inventa el nombre de la ciudad en cuestión para poder permitirse más libertades literarias y ocultar las fuentes reales de los sucesos descritos. Ejemplos del segundo caso los dan Elena Garro, cuyo Ixtepec uno se puede imaginar situado en cualquier parte de la República, y Juan José Arreola, que inventa un pueblo para llenarlo con sus recuerdos, invenciones y relatos, y que debemos imaginar situado al sur de Jalisco.

Pero a pesar de esta diferencia, todos los autores analizan con bastante interés y penetración la vida y la situación de las ciudades provincianas. Para eso se sirven de diferentes medios. Carlos Fuentes utiliza el enfoque desde una sola familia para arrojar luz sobre toda la ciudad. Rosario Castellanos en su novela *Oficio de tinieblas* parte de un

suceso histórico real para analizar la vida de la ciudad, y se sirve de pequeños incidentes característicos en sus cuentos reunidos en *Ciudad Real*. Agustín Yáñez hace desfilar delante de nosotros un sinnúmero de personajes para expresar lo que para él es la esencia de una ciudad provinciana en *Al filo del agua*, y Elena Garro utiliza la ciudad misma como protagonista en *Los recuerdos del porvenir*.

Veamos todas estas obras un poco más en detalle para saber cómo estos autores ven las ciudades de la provincia.

2. CARLOS FUENTES: *Las buenas conciencias*.

Carlos Fuentes da, como ya dijimos, un cuadro de Guanajuato por medio de la historia de una familia. Pasan delante de nuestros ojos cuatro generaciones de la familia Ceballos, desde el modesto comerciante español de paños hasta el futuro administrador de los bienes de la familia, acumulados durante el porfiriato y salvados de la Revolución. En este futuro administrador, Jaime Ceballos, el miembro más joven de la familia, se detiene el autor para hacernos ver todas las capas sociales de esta ciudad.

El niño Jaime nace en la ilustre familia de los Ceballos por el año de 1924. En realidad, no es del todo retoño de patricios, porque su padre se había casado con una mujer humilde, hija natural de un compañero de dominó. El padre gustaba reunirse en su juventud con los pequeños comerciantes por su jovialidad que contrastaba con la rigidez formal de los de su propia clase. Pero al saber de su matrimonio su hermana, casada por conveniencia con uno de su propia clase, logra que se expulse su cuñada de la casa. La hermana adopta al niño Jaime por falta de hijos propios.

En la primera década de su vida, Jaime crece como un niño ejemplar. Solamente lo rodean su familia y ciudadanos intachables: beatas, curas y miembros de las mejores familias de la ciudad. Sin embargo, ya en la adolescencia, su naturaleza todavía sana y no pervertida, empieza a ver con toda claridad la falsedad que lo rodea. Comprende la injusticia de la expulsión de su madre, que ahora pasa la vida entre

prostitutas; reconoce la debilidad de su padre, incapaz de hacer regresar a su esposa, aunque la soledad lo consume; descubre la hipocresía moral de su tío al encontrarlo bailando sobre una mesa en un prostíbulo; se da cuenta de como su tía se avergüenza al desear el amor; y reconoce que todas las beatas y los curas sólo son cristianos de palabra y apariencia.

Además, descubre el mundo de los que tienen que trabajar manualmente para ganarse la vida; llega a saber de las dificultades de los mineros de la región; discute con su mejor amigo, un indígena becado, los problemas personales y los del mundo en general, que no le permiten discutir en su casa; lee libros secretamente que su familia y la Iglesia prohíben.

El conflicto de cuál de estos dos caminos debe seguir —el que él considera justo o el de los Ceballos— lleva al joven a una crisis severa, agravada por dudas y confusiones en cuestiones religiosas. Pero finalmente se decide por el camino más fácil: el de seguir la tradición familiar. Sabe que eso significa su fracaso, pero escoge este camino por conveniencia. Un día llegará a ser como su tío: ejemplo de la rectitud y de la buena conciencia.

De la trama de *Las buenas conciencias* se desprende la opinión que Carlos Fuentes tiene de la ciudad de la provincia: las clases altas rebozan de hipocresía, de riqueza y son ciegas a los problemas de otros sectores de la comunidad en que viven. Sin embargo, todavía demuestra el autor una salida de todo eso y manifiesta cierto optimismo. Pero ya en su última publicación, un tomo de cuentos *Cantar de ciegos*, ha desaparecido todo optimismo; sólo ve la destrucción de todos los valores humanos, el aniquilamiento de toda esperanza.

3. ROSARIO CASTELLANOS: *Oficio de tinieblas*.

Rosario Castellanos enfoca su estudio de una ciudad provinciana desde un punto de vista histórico. Toma como base de su novela *Oficio de tinieblas* un suceso histórico, una sublevación de los indígenas en

las cercanías de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, y lo traslada a la época del Presidente Lázaro Cárdenas. Une así la vida del pasado y del presente de aquella ciudad que básicamente ha cambiado poco desde la última sublevación de los indígenas. Y esta vida estancada de la ciudad chiapaneca la pinta la autora vívidamente presentando, en el relato de la sublevación, algunos personajes indígenas que participan en ella. También caracteriza y critica la casta de las viejas familias acomodadas, contrastándola con una forastera, Julia Acevedo, a quien le dicen "La Alazana" por su lozana cabellera cobriza. Escribe la autora:

Julia Acevedo era hermosa; no al modo de las señoras coletas, envanecidas de la blancura de su piel, signo de una ascendencia noble, y de la abundancia de su carne, evidencia de ese desahogo económico que permite llevar una vida en que la gula y el ocio son todavía el lujo supremo. [Nótese la crítica de esta filosofía de la vida que domina todavía grandes círculos de la provincia.]

No, Julia Acevedo era diferente. Alta, esbelta, ágil. Una figura femenina que se pasea sola por las calles; una voz, una risa, una presencia sonora que se eleva por encima de los cuchicheos; una cabellera insolentemente roja, a menudo suelta al viento. No es necesario más para que las beatas pálidas de encierro, se santigüen detrás de las ventanas; para que los hombres sueñen y tasquen el freno de su respetabilidad y para que los ancianos rememoren consejas y vaticinen catástrofes.¹

Esta Julia, pues, obligada por el trabajo de su esposo a radicar por cierto tiempo en San Cristóbal, busca la amistad con las viejas familias. Pero es una sola casa, la de los Cifuentes, la que abre hasta cierto grado las puertas a "La Alazana", y lo hace solamente por la pasión ilícita que atrae a Leonardo Cifuentes hacia ella. Pero Julia no quiere ser solamente amiga de él y despertar sospechas en la ciudad, sino aspira a formar parte de la sociedad misma. Para este fin se sirve pri-

¹ Rosario Castellanos, *Oficio de tinieblas*. Editorial Joaquín Mortiz, S. A. México, D. F., 1962. Pág. 126.

mero de la hijastra paralítica de Leonardo Cifuentes, y después de la crítica situación económica de San Cristóbal debida al sitio de los indígenas.

Pero ni un medio ni el otro le da resultado. Isabel, la esposa de Leonardo Cifuentes, sólo traba con Julia una amistad por obligación y curiosidad, fría y carente de confianza. Pesaba mucho el hecho que

era una Zebadúa y este solo hecho la colocaba en una categoría que ninguna crítica podía alcanzar, ninguna aplicación podía enaltecer y ninguna disciplina podía perfeccionar. Zebadúa. El nombre era un talismán que quien había nacido en posesión de él ya no precisaba de ninguna cualidad que añadir a su persona.

—¿Zebadúa? —comentó alguna vez la Alazana—. ¡Qué apellido tan raro! No lo había yo oído nunca antes de venir a Ciudad Real [San Cristóbal de las Casas].

Isabel le lanzó una mirada conmisericordiosa. Naturalmente que estas leyes no son del dominio del público grueso y vulgar. Su conocimiento está reservado a algunos escogidos. Pero en Ciudad Real nadie que se preciara de valer y significar algo ignoraba lo que el nombre de Zebadúa vale y significa.

Con este fallo sencillo e inapelable colocó Isabel a Julia en un plano de absoluta inferioridad. Así podía permitirse rechazar la amistad que una advenediza de fama y aspecto equívocos le brindaba.¹

Para aprovechar la desesperada situación económica de los sitiados, para ingresar a la sociedad, Julia ofrece en su casa, arreglada estrictamente en el gusto local, tertulias que eran suntuosas considerando la escasez de víveres de la ciudad. Sin recato ni consideración, las señoras se aprovechan de sus invitaciones sin pensar siquiera en aceptarla como una de las suyas.

Pero la autora no se limita a describir las actitudes de la clase alta de las ciudades de Chiapas, sino dedica muchas páginas a los otros sectores de la población.

¹ Oficio de tinieblas, pág. 130.

Ya en la sección de este trabajo "El México indígena" vimos que la autora se interesa intensamente por los indígenas que forman el estrato más bajo de la sociedad rural y también de la sociedad de las ciudades provincianas. En su gran mayoría, los indígenas no radican en estas ciudades, donde sólo realizan sus modestas transacciones comerciales; pero en ellas se destacan visiblemente por su falta de medios económicos, su falta de cultura y, desde luego, de estatus social. Siglos de civilización separan a los moradores de las ciudades de Chiapas de sus huraños visitantes que llegan de los pueblos contiguos, a pesar de que mucho de los residentes "ilustrados" de esas ciudades no parecen haber notado la entrada del siglo veinte. No hay ningún lazo que una a los ciudadanos, integrantes de la civilización occidental, con los indígenas que entran con paso furtivo en las ciudades, a veces solamente cubiertos con pieles de animales, apoyados en un tosco palo grueso.

En estas condiciones no hay que sorprenderse de que hasta un niño les falte al respeto, pegando a un indígena desdeñosamente al pasar sin ninguna consideración para su hermano de otra raza humana, como lo cuenta Rosario Castellanos en uno de sus cuentos. Un caso de la misma índole mencionamos ya anteriormente relativo al cuento "La suerte de Teodoro Acúbal", y un caso semejante ocurre en *Oficio de tinieblas*. En esta novela, Isabel Cifuentes, a través de todo su matrimonio con Leonardo nunca objetó que su esposo escogiera amantes de entre las jóvenes indígenas que venían a la ciudad; pero cuando nota que una blanca, "La Alazana", cautivó el corazón de su esposo, entonces dominan a Isabel los celos más agudos.

Sin embargo, los indígenas no se quedan atrás en su odio y desprecio hacia la otra raza, sólo que raras veces lo expresan abiertamente. La autora nos relata un ejemplo. Las mujeres indígenas amamantan como si fuera cosa natural, a los corderitos cuyos animales maternos se han muerto. Pero se rehusan a amamantar a los hijos de los blancos. Así lo cuenta indignadamente Isabel Cifuentes que no podía entender que salvar un cordero tiene mucho más importancia para una familia indígena que salvar a un niño blanco.

A través de toda su obra se reconoce el afán e interés y hasta el

cariño, con que Rosario Castellanos pinta la vida en las ciudades de su región natal, Chiapas, Pero todo el amor a su "tierra" no le impide ver las deficiencias. A ella le interesan sobre todo las condiciones económicas y culturales, es decir, sociales, de la clase dominante y de la más baja. De la clase media no nos cuenta nada. Acusa a la clase dominante de sus prejuicios, actitudes asociales, su orgullo sin fundamento, intransigencia y terquedad de mantener una situación que no se puede ya mantener por injusta y perjudicial para una gran parte de la población. Lo que opina la autora acerca de los indígenas en las ciudades coincide con su juicio de los indígenas de la región rural, que ya vimos al final del capítulo "El México indígena".

4. AGUSTÍN YÁÑEZ: *Al filo del agua*.

El libro que dedica Agustín Yáñez al estudio de una ciudad provinciana, es el bien conocido *Al filo del agua*. En esta novela el autor describe con todo detalle —a veces excesivo— la vida de una ciudad jalisciense. Quiere trazar el mayor número de personajes con el fin de dejar lo más claro posible el papel de muchos habitantes de la ciudad. Pero como esos personajes son tan semejantes, el resultado es diametralmente opuesto: el lector se confunde y pierde el interés. Debido a su manera de escribir que consiste en largos monólogos y descripciones, este enfoque múltiple que trata de abarcar toda una ciudad, es el menos satisfactorio. Su novela *La creación*, aunque no fue pensada como cuadro de una ciudad provinciana, logra más que *Al filo del agua* dar un cuadro de una ciudad menor.

Este cuadro es más sombrío de lo que son los de las ciudades descritas por Carlos Fuentes y Rosario Castellanos y también por los autores que todavía nos falta discutir, como Juan José Arreola y Elena Garro. Los ciudadanos de Yáñez están sujetos a normas rígidas, y privados de placeres naturales y del gusto de la vida. Toda inclinación hacia estas satisfacciones está vista como un vicio, lo que no impide que la naturaleza las anhele, y como debe contenerse para no alcanzarlas, se tuerce y se atrofia. El resultado es el mismo que en *Las buenas conciencias* y *Oficio de tinieblas*: hipocresía, enfermedad mental y frustración entre grandes sectores de la población.

El título de la novela se refiere al tiempo inmediatamente antes de la Revolución de 1910 que promete traer la liberación de las almas oprimidas y los espíritus cautivos, algo así como la Revolución Francesa que por más destructora que fuera, liberó las mentes y los espíritus. Pero a la ciudad provinciana que pinta Yáñez no le ha llegado todavía la hora de la liberación; sigue cautiva de sus propias convenciones artificiales y estériles. A falta de otros medios para encauzar la vida social y espiritual, la población recurre a las instituciones tradicionales religiosas, la sociedad de las Hijas de María, los Ejercicios de Semana Santa, etc. Como eso es una orientación estrictamente unilateral, la mente de los ciudadanos es forzosamente estrecha y limitada. Si algunos quieren salir del camino fijado de antemano, fracasan en sus intentos de liberación y toda la ciudad los condena.

Y ni siquiera la Revolución cambió el ritmo de la vida de la ciudad provinciana descrita por Yáñez.

5. JUAN JOSÉ ARREOLA: *La feria*.

El enfoque más original del tema "la ciudad provinciana" lo representa sin duda *La feria* de Juan José Arreola. De recuerdos y relatos anecdóticos ha logrado un cuadro completo de una ciudad con todos sus integrantes. No se detiene más que con el mínimo de palabras en cada caracterización anecdótica. Pero claramente surge frente al lector la personalidad de muchos caracteres: la del fabricante de velas, de la señorita que compra una vela de doscientos pesos, del zapatero, convertido en agricultor, etc., al igual que las instituciones ciudadanas reciben vida: el Consejo de la ciudad, la Representación de los indígenas, el club literario, etc.

La ciudad provinciana que Juan José Arreola describe parece mucho más sana y natural que la de Agustín Yáñez. También en ella domina la influencia de la Iglesia, pero no al extremo que aparece en la ciudad de *Al filo del agua*.

La feria, por ejemplo, de donde toma el libro su título y que se describe al final del libro, es una feria verdaderamente popular con

corrida de toros, payasos, bailes y también procesión y misa, porque se celebra en honor del santo patrón del pueblo.

A pesar de su tono alegre, la novela tiene profundidad, y en el fondo es trágica. Esta duplicidad se revela desde el primer párrafo del libro:

Somos más o menos treinta mil. Unos dicen que más, otros que menos. Somos treinta mil desde siempre. Desde que Fray Juan de Padilla vino a enseñarnos el catecismo, cuando Don Alfonso de Ávalos dejó temblando estas tierras. Fray Juan era buena gente y andaba de aquí para allá vestido de franciscano, con la ropa hecha garras, levantando cruces y capillitas. Vio que nos gustaba mucho danzar y cantar, y mandó traer a Juan Montes para que nos enseñara la música. Nos quiso mucho a nosotros los de Tlayolan. Pero le fue mal y dizque lo matamos. Dicen que aquí, dicen que allá. Si fue en Tuxpan, lo hicieron cuachala. Si fue aquí, nos lo comimos en pozole. Mentiras. Lo mataron en Cíbola a flechazos. Sea por Dios.¹

En pocos autores actuales encontramos lo trágico y lo cómico tan artísticamente mezclado.

Además, la novela vibra con un gran sentido humano en todas las pequeñas alegrías y tristezas que componen la vida cotidiana. El amor, las riñas, el trabajo duro, la corrupción, la esperanza, las decepciones; todo tiene su lugar en los breves párrafos encantadores de que se compone el libro. El autor teje con anécdotas, leyendas, dichos y recuerdos de juventud un gran lienzo que, por sus muchos detalles preciosos, resulta un panorama completo de la vida de una pequeña ciudad provinciana.

6. ELENA GARRO: *Los recuerdos del porvenir*.

Existe finalmente un libro en las narraciones posrevolucionarias cuyo tema central es la vida en una ciudad provinciana, enfocada por

¹ Juan José Arreola, *La feria*. Joaquín Mortiz, México, 1963, pág. 7.

su autora, Elena Garro, en forma muy especial. Se trata de *Los recuerdos del porvenir*.

La ciudad misma recuerda cierta época de su pasado y cuenta sus recuerdos al lector. La autora realizó esta idea con éxito al principio del libro y en algunos pasajes más adelante, pero en muchas páginas del libro el lector tiene la impresión de que la autora ha olvidado el enfoque inicial, y de repente se acuerda y escribe otro pasaje en que la memoria de la ciudad tiene la palabra, pero sólo para olvidarlo después de unas cuantas páginas. En realidad no importa mucho para el desarrollo de la trama que en parte le falle a la autora su pequeño artificio literario, ya que la trama no es de mucha importancia o trascendencia. Sin embargo, la poesía, que es la calidad mayor del libro, deleita en todo caso al lector a través de todo el libro.

La autora logra presentar unos caracteres típicos de la pequeña ciudad. En toda ciudad provinciana encontramos a familias acomodadas, complacientes y defensoras de la fe, como descritas en *Los recuerdos del porvenir*; las madres orgullosas que en su viudez velan con autoridad sobre hijos e hijas; el bufón del pueblo, medio loco y medio simpático; el burdel con sus pupilas, a la vez atractivas y repelentes; el cura heroico y lleno de mezquindad humana; las hijas pudorosas llenas de violentos deseos, las figuras revolucionarias que han llegado a ser una institución en todos los medios de México y en su literatura. Con estas figuras la autora ha forjado una novela agradable y divertida, con toques dramáticos y poéticos que, si no logran conmover o convencer al lector, no dejan de agradarlo.

7. CONCLUSIONES.

De todo lo dicho en este capítulo sobre las ciudades provincianas se desprende que éstas no han sido tratadas por los autores mexicanos posrevolucionarios con tanto interés y profundidad como el México indígena y rural. Ello se debe a la materia misma. El carácter estático de las pequeñas ciudades es menos inspirador como material literario que el carácter dinámico del campo y de la metrópoli, como veremos después.

Todos los autores están de acuerdo en que las ciudades provincianas viven todavía una vida complaciente, tranquila, cuyo ritmo general no ha cambiado a pesar de una sangrienta revolución. Esta revolución sacudió a esas ciudades sin lograr destruir los estratos sociales, como, en cierto modo, sucedió en la capital. Los ricos de la época de Porfirio Díaz conservaron suficientes de sus bienes para seguir viviendo esencialmente de la misma manera como antes. Los pobres siguen siendo pobres y en general no se lamentan de su suerte. Las instituciones públicas son las mismas, y la Iglesia tiene el mismo papel importante que antes de la Revolución.

Lo único que en este caso pueden hacer los autores es describir, dar vida a las condiciones existentes. Pero no pueden emocionarse como cuando ven una pugna, un impulso de renovación, los esfuerzos dramáticos que ofrece la vida en el campo, porque éstos no existen en las ciudades de la provincia. En el campo y en la capital, tanto el autor como el lector, sienten el impulso del mundo que es la evolución. Este impulso está ahogado en las ciudades provincianas, por el convencionalismo, y todos sus habitantes, pasada su mocedad, como lo vimos en *Las buenas conciencias*, ayudan a que nadie sepa nada de él. Los que quieren escaparse del convencionalismo y romper el silencio artificial, sucumben a la presión de los otros, como lo expone Agustín Yáñez tan claramente en *Al filo del agua*.

Dejemos ya el silencio, aparentemente eterno, de la provincia, para dirigirnos hacia el ruidoso monstruo multicéfalo que lanza llamas y humo, el objeto de nuestra última sección: la capital mexicana.

LA CAPITAL

V. LA CAPITAL.

1. *Introducción.*

Si Fernando Benítez por boca de uno de sus personajes califica una aldea mexicana como antesala del infierno y, en turno, uno de *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis, afirma que cierta gente "ha mantenido la pureza del campo y no es tan putrefacta como la gente de la ciudad", eso significa entonces que la gran ciudad debe ser el infierno mismo. En cambio, Luis Spota la llama "casi el paraíso" y Carlos Fuentes "La región más transparente".

Como quiera que sea, estos juicios anuncian resultados interesantes y contradictorios de nuestro intento de delinear el panorama que los escritores contemporáneos presentan de la ciudad de México.

2. CARLOS FUENTES: *La región más transparente.*

La obra que más información nos da de la capital mexicana es la novela de Carlos Fuentes *La región más transparente*, la cual puede llamarse la epopeya de la ciudad de México. Y lo es en realidad, a pesar de que confluyen en el libro muchas influencias extranjeras, especialmente de la Generación Perdida de los Estados Unidos, sobre todo de William Faulkner y John Dos Passos. A pesar de ello, la obra no es un conjunto de imitaciones. Carlos Fuentes ha asimilado estas corrientes utilizándolas para crear una obra auténticamente personal y mexicana debido a que la trama se desarrolla en el corazón de México.

Al leer *La región más transparente* salta claramente a la vista una semejanza con *Manhattan Transfer* de John Dos Passos. *Manhattan*

Transfer es la epopeya de Nueva York. Los dos autores caracterizan por medio de varios personajes las costumbres y condiciones de la ciudad en los diferentes estratos sociales. Dividen sus novelas en múltiples episodios breves, cada uno dedicado a la presentación de cierto grupo de personajes o individuos. Hacia el final de los dos libros se entretajan las vidas de los diferentes personajes.

En las dos novelas encontramos cierto paralelismo entre algunos personajes. En *Manhattan Transfer* es la hija de un lechero que, por su belleza y fría astucia, se abre el camino hasta la alta sociedad, mientras en *La región más transparente* es la hija de un pobre tendero catalán que, por los mismos atributos, asciende hasta la riqueza y la fama. Pero estas y otras semejanzas son incidentales. Se deben a que la sociedad en las dos metrópolis es semejante en su estructura básica. Pero en el detalle de los sucesos, en las descripciones, en el color local, encontramos mucha diferencia. No cabe duda, que en este campo, Carlos Fuentes es un maestro consumado. *La región transparente* no deja de interesar al lector ni por un momento, mientras *Manhattan Transfer* cansa la atención del lector. Y no sólo le favorece a Carlos Fuentes su talento, sino también el material abundante de México, nutrido por las acciones y las consecuencias de la Revolución de 1910.

Escribir acerca de la ciudad de México es, a la vez, una tarea fácil y difícil. La abundancia de material facilita la tarea; no hay más que escoger. Hay multitud de hombres, mujeres y niños diferentes en la capital de México, con una historia distinta que, sin embargo, nos atañe a todos porque es expresión de las condiciones sociales de México. Lo difícil es, escoger y dar al conjunto una forma artística para lograr una obra literaria. Y eso lo supo hacer con maestría Carlos Fuentes.

Los propósitos de esta novela son múltiples. El de mayor importancia es el de entrar en la controversia nacional sobre los resultados de la Revolución. El autor quiere probar por medio de los diversos personajes que los resultados de la Revolución no son satisfactorios. Pero da amplia oportunidad para que también expongan su punto de vista los que creen que la Revolución ha logrado sus propósitos o está en vías de realizarlos. Carlos Fuentes dedica muchas páginas a la exposición de

ambas posiciones para la defensa de sus respectivos puntos de vista.

Otro propósito de esta novela es poner al lado de los famosos estudios sobre el mexicano *El perfil del hombre y la cultura de México* de Samuel Ramos y *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, otro estudio sobre el mismo tema, pero esta vez no en forma de ensayo sino como una teoría aplicada directamente a la vida y demostrada en la carne viva de los mexicanos que figuran en *La región más transparente*.

Estos dos propósitos, aunque parecen de diferente índole, no lo son. Lo relativo a los resultados de la Revolución se refiere a las condiciones de vida de los hombres, y el estudio psicológico investiga cómo actúa el mexicano dentro de sus condiciones de vida. Así es que las dos cuestiones están íntimamente ligadas entre sí.

Para dar un panorama completo del Distrito Federal, Carlos Fuentes escoge sus personajes de todos los estratos sociales. Figuran en ellos personajes que en realidad viven en el siglo pasado, en la época de Porfirio Díaz; otros que traen de su pueblo sus costumbres precortesianas que todavía perpetúan. Además figuran personajes que pelearon durante la Revolución y que después conquistaron un lugar en la sociedad. Y, finalmente, figuran integrantes de la gran masa aparentemente uniforme y anónima, pero llenos de vida y fuerza individual. Muchos de ellos los catalogan los sociólogos como miembros de la clase media y muchos otros de la clase baja. Todos están representados en *La región más transparente*. Veámoslos todos uno por uno en grandes rasgos.

El personaje que todavía perpetúa algunas costumbres precortesianas es la madre de cierto Ixca Cienfuegos, el espíritu enigmático y diabólico de la novela. Teódula Cienfuegos tiene solamente un papel muy pequeño en la novela, al igual que el pasado oscuro de México, que, aunque se siente, tiene poca influencia en la vida cotidiana.

Los que viven en el siglo pasado, en la época de Porfirio Díaz, son los miembros de la familia de Ovando. Las dos señoras de Ovando añoran todavía la vida social de aquellos viejos tiempos y exigen que sus

hijos vivan en el mismo mundo de recuerdos que ellas. Carlos Fuentes utiliza esta familia para simbolizar el mundo de antes de la Revolución. Estas personas no se pueden adaptar al nuevo orden de cosas. La vieja "Tía Lorenza", por ejemplo, insiste en que su sobrino nació para utilizar a los banqueros como lo hicieron sus antepasados acomodados y se opone a que trabaje en un banco, olvidando por completo que su sobrino no ha aprendido nada, que es un lamentable retrasado mental, y que ella está al borde de la bancarrota. Angélica de Ovando deplora la falta de bailes y paseos para que su hija Pimpinela encuentre un candidato adecuado para casarse. No acepta otra forma de vida social para su hija.

Al describir este fenómeno del hundimiento de una sociedad y el surgir de otra, el autor recuerda que eso es un hecho que se repite con frecuencia en la historia. Deja decir a Pimpinela de Ovando:

Recuerdo que mi abuelita decía que igual que la aristocracia porfiriana vio con horror la entrada a México de los Villas y los Zapatas, ella y las viejas familias vieron entrar a Díaz y los suyos el siglo pasado. Entonces las gentes decentes eran lerdistas. . .

¿A quién verán entrar con horror mañana los aristócratas de la Revolución? No hay remedio: Mexiquito siempre será Mexiquito. Y mientras tanto, hay que subsistir. Cuando veo a mi tía Lorenza atada a su nostalgia, creyendo todavía que Don Porfirio va a resucitar y a correr con látigo a los bandidos y al peladaje. . . Cuando todos podrían aprovechar, como yo, esta necesidad de prestigio, de barniz aristocrático, de los nuevos peces gordos. Hay que tener un poco de sentido práctico en el mundo moderno.¹

A estos "nuevos peces gordos" los describe el autor con mucho empeño. Forman la nueva clase influyente que salió a flote después de la Revolución. Fuentes la caracteriza en el abogado Régules y su esposa Silvia, y en el banquero Robles y su esposa Norma Larragoitia. Todas estas personas son de origen muy bajo en la escala social. Régules era

¹ Carlos Fuentes, *La región más transparente*. 1ª Edición, Fondo de Cultura Económica. México, 1958, págs. 155-156.

en un tiempo un pobre estudiante de Leyes; Silvia su secretaria cuando ya era abogado, Norma es hija de un tendero, y Robles de origen humilde del campo. A todos ellos les tocó la suerte de formar parte de la nueva clase dominante por astucia y circunstancias propicias.

El banquero Robles justifica su propia posición ventajosa y desde luego, según su parecer, son magníficos los resultados de la Revolución. Mantiene que si él y otros como él no se hubieran afanado para atraer inversiones extranjeras y crear capital para nuevas industrias, entonces nada se habría hecho en el país. Pero el autor lo refuta inmediatamente con la voz de otro personaje, el intelectual Manuel Zamacona:

Esta nueva plutocracia no ha tenido su germen en el trabajo, sino en el aprovechamiento de una situación política para crear negocios prósperos; y su temprana creación frustró desde arriba lo más puro de la Revolución... Las inversiones extranjeras, si no ayudan a la creación de un mercado interno mexicano, valen bien poco.¹

Robles justifica toda su riqueza acumulada con el argumento de que durante la Revolución tuvo que arriesgar su vida mil veces, y que por eso merece la buena compensación que él mismo por habilidad y suerte se supo proporcionar después de la Revolución. Admite que los políticos se enriquecieron con las obras públicas, que los comisarios ejidales obtuvieron para ellos gran parte de los créditos ejidales. Pero para Robles sólo existe esta alternativa frente a la otra: no haber hecho nada. Eso revela una falta total de fe en la capacidad del hombre de construir una sociedad para el bien y con la colaboración de todos. Como el autor mismo contradice la posición de Robles por medio de Manuel Zamacona, podemos concluir que él sí tiene esta fe, o que la tenía cuando escribió esta novela.

Tal como ocurrió durante el imperio napoleónico en Francia y en otras situaciones históricas semejantes, en México la nueva clase dominante ha buscado el brillo de la aristocracia derrotada por la Revo-

¹ La región más transparente, pág. 274.

lución. Esta nueva clase se quiere vincular con el pasado y con la antigua aristocracia para "legitimarse". Así vemos que Norma de Robles y Silvia de Régules buscan la amistad de Pimpinela de Ovando y de su tía decrépita para rodearse con una aureola de dignidad y tradición. Es natural que los de Ovando exijan su precio por sus servicios. Más de una vez expresa el autor que "la fama busca el dinero, el dinero la fama."

Esta relación también se manifiesta en los casamientos de esta nueva clase prominente. Ninguna de las parejas que llegamos a conocer en la obra se casa por verdadero afecto mutuo. Norma Larragoitia y Federico Robles se casan porque él es rico y resuelve los problemas económicos de ella, y porque ella es hermosa y culta y puede dar la representación que necesita el banquero. Los dos están completamente conscientes del papel que representan en su matrimonio. Durante todos los años de su matrimonio no cambia esta relación de interés entre los dos cónyuges; ni la vida con todas sus vivencias logra acercar el uno al otro. Así resulta lógico que, en la hora más negra para él, cuando sufre una bancarrota total, ella se aparte de él: "¡Pero si yo estoy casada con esta casa, con el automóvil, con mis joyas, no contigo!"¹

Sólo ahora, después de haber perdido todo y con ello su cáscara artificial, Robles puede llegar a ser él mismo y casarse con su amante, una ciega secretaria humilde.

Otro personaje, un poeta transformado en escritor de argumentos de películas, Rodrigo Pola, una vez alcanzado su anhelado propósito de ser rico, se casa con Pimpinela de Ovando. En realidad, Rodrigo había querido a Norma, y ella a él, pero entonces era un pobre escritor de versos que aparentemente no tenía futuro y consecuentemente tuvo que aceptar su derrota ante las aspiraciones elevadas de Norma. Pimpinela de Ovando acepta a Rodrigo porque a fin de cuentas se tiene que casar con alguien y no puede esperar eternamente a que llegue un caballero andante de la vieja guardia suficientemente rico para ella y

¹ La región más transparente, pág. 385.

su familia, que siempre espera recuperar algo de los bienes perdidos a cambio de su fama.

Carlos Fuentes quiere indicar que esta manera de formar una "familia" no es sólo propia de la nueva clase dominante de la Revolución, sino que ya se está estableciendo en las generaciones venideras. Así la hija del abogado Régules conoce en Guanajuato al orgullo y la esperanza de toda la "gente decente" de aquella ciudad, Jaime Ceballos, que acabamos de conocer en *Las buenas conciencias*. A pesar de juzgarlo aburrido y desesperadamente provinciano, la joven Régules consiente en casarse con él.

Hasta aquí es sencillo y directo el esbozo histórico de *La región más transparente*. Pero en este punto el autor se detiene para hacer ver cómo viven los revolucionarios que no han entrado en la nueva casta privilegiada. Librado Ibarra se llama el viejo revolucionario que empezó igual que Robles, en circunstancias y posibilidades aparentemente iguales. Sólo que Robles empezó a enriquecerse por una astuta compra y reventa de terrenos de unos porfiristas en el Distrito Federal, mientras que Librado Ibarra se especializó en derecho agrario por las múltiples oportunidades que la Revolución había abierto en este campo. Cual fue su suerte en este camino, dejamos que nos lo diga él mismo:

Y yo ¿qué me encontré, señor? Pues los ingenieros mandados a las viejas haciendas eran asesinados por los pistoleros de los hacendados que actuaban a sabiendas y a veces con el apoyo del cacique local. O que donde se hacían las distribuciones de tierra, el cacique armaba a los campesinos, se hacía de su ejército privado y explotaba las tierras igual que antes. O que los hermanos y tíos del Gobernador resultaban pobres indios titulares de una parcelita tras otra... Después de aquella experiencia sólo quería vivir en la ciudad y ni oler algo que tuviera que ver con el campo... Un sindicato me dio chamba como abogado. Pues ahí [sic] tiene usted a todos los profetas del proletariado con su casota en Cuernavaca... —eso se llama ser el gaucho veloz— dándoles fiestas a las coristas y a uno que otro aristócrata del viejo régimen, y uno de idealista que va a dar con sus huesos a las Islas Marías. Con los comunistas, con los líderes honrados, con los chama-

cos de las juventudes socialistas, con uno que otro vasconce-
lista taimado, sí señor. Ahí me tuvo usted hasta el año de
34... Cuando regresé de las Islas, andaba bien desconectado,
pero al fin Feliciano Sánchez, mi amigo de aquel sindicato,
me consiguió chamba en Educación. Y me mandaron a pro-
mover dizque la aplicación del artículo tercero. Usted sabe lo
que fue eso, y allí anduve. Ni modo de llevar mi mujer con-
migo, mi estimado. A una profesora de Villa de Refugio la
agarró una gavilla de bandoleros pagados y la arrastraron de
cabeza sobre un pedregal hasta dejarla hecha trizas. A otra
le cortaron las orejas, a otros maestros los ahorcaron y les
quemaron los pies. Siempre los caciques, señor, los caciques
y los curas. Esa fue la educación rural. Ya ve, empezamos
igual, todo parecía ofrecer grandes oportunidades. Debía ha-
berlas ofrecido más todo aquello por lo que se hizo la Revolu-
ción. La tierra, la educación, el trabajo. Pues ya ve usted cuál
fue mi experiencia. En cambio, lo seguro era otra cosa, a lo
que le fue Federico Robles. Para eso se hizo la Revolución,
pues. Para que hubiera fraccionamientos en la ciudad de Mé-
xico... ¡Ah qué caray! Mientras que Federico Robles...
Pues quien no iba a doblar la nuca, dígame nomás. Con un
sueldo de seiscientos pesos al mes. ¿Y a quién conocía yo en la
nueva plutocracia sino a Federico Robles? Allí acabé, como
usted sabe, prestándome a un chanchullo jurídico, aportando
tres mil pesos que ni eran míos para hacerme socio de una
S. de R. L. en apariencia y en realidad servir de capataz a
una bola de infelices, en una fábrica mal montada con maqui-
naria anticuada y defectuosa. Todo para evadir la ley. Aquí
me tiene, pues. Habla usted con el brillante especialista en
derecho obrero.¹

El ejemplo de la vida de este revolucionario originalmente entu-
siasta no alienta a nadie a seguirle. Sin embargo, todavía no es lo peor.
El Feliciano Sánchez que se menciona en la cita cae por las balas de
un policía de la sacrosanta "ley fuga". Y este fue un revolucionario
que no bajó la cerviz, como lo hizo Librado Ibarra.

Ya se habrá notado que Fuentes da amplio espacio a discusiones en
pro y en contra del camino que siguió la Revolución. Dedicó muchas

¹ La región más transparente, págs. 173-177.

páginas a esta polémica y ofrece abundantes argumentos para ambos lados. A veces utiliza en las discusiones personajes que son afines a él mismo, poetas e intelectuales. Estos siempre se oponen a los razonamientos de Robles, y no cabe duda que Carlos Fuentes se identifica con ellos. Él ha de sentir su posición especial muy agudamente. Es un grupo que goza de las comodidades de los nuevos "revolucionarios" mientras no pierden de vista las necesidades de los defraudados. En el siguiente párrafo sintetiza el autor la posición de muchos intelectuales de México:

—Yo creo haber logrado esta comunicación de conciencia con los pobres: no es necesario ser cocinero para juzgar una tortilla de huevos. Me ve usted aquí, sentado, bebiendo en una fiesta, pero nunca me verá ajeno, ni por un instante, a mi preocupación hacia las clases menesterosas. Sí, haríamos bien en preguntarnos ¿tengo derecho a mi biblioteca y a leer los domingos por la mañana a T. S. Eliot, tengo derecho a mi cómoda culturita, tengo derecho a sentarme en casa de Bobó a fabricar frases, cuando en mi propia tierra estoy viendo las tragedias de los braceros y del Valle del Mezquital? ¹

El autor deja abierta la última pregunta. Parece que siente cierto remordimiento a causa de su posición desahogada. Pero abandonar las amenidades de la buena vida para volverse un Feliciano Sánchez con un probable fin igual, sería en verdad mucho sacrificio.

Otro grupo de la capital de México es la clase media. El autor la describe dentro del marco de su polémica acerca de los resultados de la Revolución.

Federico Robles opina que la clase media se ha desarrollado grandemente gracias a la Revolución y que está compuesta de hombres felices que ahora tienen lo que nunca tuvieron antes. Es magnífico la caracterización que da Robles de la clase media en la página 110 del libro. Sin embargo, la suprimimos por su extensión.

Los personajes que crea el autor, en cambio, refutan la tesis de Ro-

¹ La región más transparente, pág. 30.

bles. Uno de ellos, que ya conocemos, Librado Ibarra, opina que la clase media es la que está más quebrada porque tiene muchas ilusiones y aspiraciones y tiene que mantener las apariencias de bienestar: sus medios nunca alcanzan para realizar sus ilusiones, y el resultado es una terrible frustración.¹ Para comprobar esta teoría, el autor nos hace escuchar una conversación entre dos cónyuges de la clase media, que revela claramente como las aspiraciones discrepan de las posibilidades.

Otro ejemplo que niega el bienestar de la clase media es el de la familia de Hortensia Chacón, la amante de Robles. Su vida transcurrió hasta el día que conoció a Robles de una manera tan típica de la baja clase media que damos de ella un breve resumen.

La madre de Hortensia era una mujer humilde, en el servicio de los Ovando. Esta señora quedó en esa situación toda su vida. Pero en Hortensia ya se vio la influencia de lo que Robles llama las nuevas oportunidades de la clase media gracias a la Revolución. Ella pudo aprender un oficio y comprendió el abismo que separaba su situación de la de su madre.

Luego apareció su novio. Como símbolo de su estatus de clase media o aspirante a ella, usaba saco y corbata. Esas dos prendas atraían a la joven irresistiblemente, y se casaron.

El esposo de Hortensia, Donaciano, trabajaba en una Secretaría de Estado, aproximadamente con el mismo sueldo de Librado Ibarra. Al crecer la familia, el sueldo fue insuficiente.

Si bien la Revolución creó las condiciones para que, en cuanto a lo material, se eleve la clase media, en cambio el desarrollo mental de los integrantes de esta nueva clase se ha quedado muy a la zaga. Donaciano sufría de los mismos complejos y prejuicios que desde hace siglos han hecho infeliz a los Donacianos y sus familiares. Como Donaciano no puede aparentar aires de gran señor con sus amigos y amigas de dudosa reputación, se siente frustrado y se vuelve agresivo por no ser

¹ *Ibid.*, pág. 177.

admirado debidamente y no poder esconder su falta de personalidad. Cuando Hortensia quiere ayudarlo para poder disponer de los medios necesarios para alimentar y vestir a la familia, ofreciendo ir en busca de trabajo de secretaria como antes del casamiento, él la rechaza bruscamente como si dudara de que fuera capaz de mantener a una mujer, asegurando que podía tener otras tres.

Debido a la mala situación económica y a la total falta de atención o cariño por parte de su esposo y a sus excesos fuera del hogar, Hortensia se sale de la casa, una vez que encuentra trabajo. Enfurecido, Donaciano la busca, y, como muestra de su primitivismo, la ciega para siempre.

A Federico Robles le conmueve la suerte de esta empleada suya, y llega a ser su amigo íntimo.

La descripción de la familia de los Chacón apenas es un cuadro feliz de la clase media en México. Aparentemente el autor no está de acuerdo con los que proclaman la gloria de esta clase.

Fuentes nos lleva a otro escalón más bajo en la escala social. Nos describe incidentes de la vida de tres hampones, miembros del numerosísimo "lumpenproletariado" de la capital, de aquel grupo de la población que trabaja irregularmente y encuentra más provechoso ganarse la vida por medios menos molestos y monótonos.

Este estrato siempre ha existido en la ciudad de México, desde los tiempos de la Conquista. Figuran profusamente en el famoso *Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi, así como en los grabados de la época colonial. Este segmento no solamente ha sobrevivido a la Revolución sino se ha multiplicado en relación con la población total del Distrito Federal. Prolifera en la provincia, de donde viene a buscar su parte en el pregonado progreso de la metrópoli.

Pueden verse las habitaciones de estas familias cada vez que nos apartamos, aunque sea una sola cuadra, de las grandes arterias elegantes de la ciudad. Ocupan además grandes superficies de la ciudad que parecen aisladas del tránsito, unidas en sí, ciudades dentro de la ciu-

dad, como lo describe Oscar Lewis en su obra *Los Hijos de Sánchez* al estudiar el área de Tepito.

A través de tres hombres, Fifo, Beto y Gabriel, el autor nos presenta momentos característicos de la vida de este grupo social. Vistos de afuera son tres individuos soeces, brutales, despreciables. Se dedican a robos menores, ofensas, peleas, abusos de toda clase. Pero en lo interior albergan todo un mar de sentimientos que incluyen desde esperanzas y aspiraciones nobles hasta la amargura y desesperación que se manifiesta en el desprecio a todos los valores que son sagrados en la sociedad complaciente y bien organizada.

De los tres hombres, Gabriel es el mejor delineado. Lo encontramos primero cuando regresa de trabajar como bracero, distribuyendo sus regalos, contento de volver a ver a los suyos y de tener los bolsillos llenos de dólares. Está decidido a regresar a los Estados Unidos, legal o ilegalmente, porque no ve ninguna posibilidad de ganarse la vida en México. Termina Gabriel una larga disertación sobre este tema con esta exclamación: "¡Qué más diera uno que trabajar bien y ganar lana en México!"¹

Otros del barrio, que no habían sido tan afortunados como él y que no habían podido ganar los dólares anhelados, le tenían una envidia constante a Gabriel. Un día le agrade una pandilla, y lo golpea sin otro motivo que la envidia. Cuando se repite este caso, es fatal para Gabriel. No hay lugar para todos ni siquiera en los bajos fondos de la capital, y quien no sabe defender su lugar con los puños y el cuchillo, pierde el suyo.

Hasta aquí el esquema que nos da de la capital Carlos Fuentes. Pero no se reduce a eso el panorama de la ciudad de México que encontramos en *La región más transparente*. El autor lo enriquece con muchos otros personajes e ideas que no hemos mencionado todavía.

Un personaje, en especial, sirve para completar el panorama. Esta es la figura misteriosa de Ixca Cienfuegos. Es el hijo de la igualmente

¹ *La región más transparente*, pág. 185.

enigmática Teódula, que todavía practica ritos casi de los indígenas. Cienfuentes conoce a casi todos los personajes del libro y se da a conocer a través de su plática con ellos. Siempre está presente, aparece y desaparece como el aire; sabe todo de todos y juego con la suerte de cada uno. Es el Mefistófeles de *La región más transparente*. A veces los interlocutores también tienen la impresión de estar frente a un ser diabólico. El mismo dice quien es; se identifica con todos los seres que viven en esta ciudad. Al hacerlo, reza la famosa letanía:

...Y cienfuegos era ...la ciudad, sus voces, recuerdos, rumores, presentimientos, la ciudad vasta y anónima... era Tizoc y tú sin tu nombre, tú que fuiste marcado con el hierro rojo... tú que señalaste el camino, tú que caíste acribillado en la laguna, tú que lloraste la orfandad y la derrota... tú que sembraste la caña, tú que olvidaste tus signos... tú que quedaste sin laguna... tú él que nació sin recuerdos... tú que caminaste descalzo con un fúsil oxidado... tú que gritas los pescados y las legumbres... tú que corres lejos a cruzar el río granizado de plomo y a arrancar las naranjas vecinas... que buscas qué comer, que duermes en los portales... que no sabes hablar del dolor... tú que esperas en cluclillas... tú que te fuiste que llegaste y te volviste a ir sin que nadie pronunciara la palabra de bienvenida o de adiós...¹

Así hace desfilar frente a nosotros un panorama con muchas figuras, hasta que se siente el vértigo de la multitud con sus mil caras diferentes expresando su angustia. Son figuras de caras tristes o de muecas grotescas. En el fondo, todo lo que nos presenta Carlos Fuentes es triste, hasta la fiesta más alegre de Bobó, el gran anfitrión de los de arriba. Las caras expresan los crímenes o las injusticias que se cometen en cada instante: Gabriel muere a manos de los envidiosos de su propio barrio; Manuel Zamacona, el poeta, cae acribillado sin motivo en una fonda en Guerrero; Feliciano Sánchez cae por las balas de la Ley Fuga; Librado Ibarra está muerto en vida vendiéndose y perdiendo además el juego; Hortensia Chacón pierde la vista; el taxista Morales

¹ *La región más transparente*, págs. 446 y 447.

choca mortalmente el día de su gran triunfo; Rosa Morales encuentra muerto a su hijo llegando del trabajo; Norma Larragoitia perece entre las llamas nutridas por su pertenencias lujosas, y como para burlarse de todas las intenciones vanas de los hombres que se esfuerzan para encontrar un poco de felicidad en esta ciudad, el autor le da el nombre de Gladys o Gaudencia, "La Alegre", a la del oficio más triste y despreciado del mundo.

En suma, el panorama que de la ciudad presenta Carlos Fuentes es trágico. Las trayectorias de todos los personajes tienen algo trágico. Y él mantiene que eso es culpa de los mexicanos. Dice que "por cada mexicano que murió en vano, sacrificado, hay un mexicano responsable."¹ Cree que México tiene que dejar de ser "un país presa de lo satánico", y el Distrito Federal "nubes y estiércol" como es ahora. De eso se desprende que el nombre de la novela es una burla de las condiciones existentes. Habrá sido Cortés quien dijo del Valle de México que era "la región más transparente del aire", pero en la actualidad esta región está cubierta de nubes y contaminada de estiércol.

La implicación de la obra es que los mexicanos mismos tienen que encontrar la manera de limpiar la atmósfera, el ambiente, para convertir a México en un lugar donde todos tengan su sitio y oportunidad para una vida humana siquiera con un poco de felicidad. El autor invita a los mexicanos a que funden esa sociedad.

Parace que últimamente se ha arrepentido o decepcionado porque el Carlos Fuentes de las declaraciones recientes o del tomo de cuentos *Cantar de ciegos* no parece el mismo que escribió esta novela extraordinaria e incendiaria publicada en 1958. Y nadie puede alegar que el panorama de México haya cambiado desde entonces de tal manera que ya no tenga vigencia el mensaje del libro. Es cierto que los Robles y Régules se han hecho más ricos desde entonces, los Pola más apologeticos, los Gabriel y Gladys más desprendidos de los valores humanos en una ciudad en que no hay lugar para ellos. La necesidad de modificar la situación es cada año más urgente. Este llamado es cada vez más

¹ La región más transparente, pág. 459.

imperativo, y más de un investigador, sea mexicano o extranjero, une su voz a este coro. He aquí por ejemplo, las palabras del célebre antropólogo Oscar Lewis:

La persistencia de la pobreza en la ciudad más importante de la nación, cincuenta años después de la gran Revolución Mexicana, presenta serias cuestiones acerca del grado en que este movimiento ha logrado alcanzar sus objetivos sociales. A juzgar por la familia Sánchez, por sus amigos, vecinos y parientes, la promesa esencial de la Revolución no ha sido cumplida aún... son los pobres quienes surgen como los verdaderos héroes del México contemporáneo, porque ellos están pagando el costo del progreso industrial de la nación. En verdad, la estabilidad de México es un triste testimonio de la gran capacidad para soportar la miseria y el sufrimiento que tiene el mexicano común. Pero aun la capacidad mexicana para el sufrimiento tiene sus límites, y a menos que se encuentren medios para lograr una distribución más equitativa de la cada vez mayor riqueza nacional y se establezca una mayor igualdad de sacrificio durante el difícil período de industrialización, debemos esperar que, tarde o temprano ocurrirán trastornos sociales.¹

¿Quiere el gobierno mexicano prevenir esta posibilidad con las aceleradas maniobras militares que está llevando a cabo?

Los juicios empíricos a que han llegado los literarios y antropólogos después de estudiar la realidad, y los juicios de ciertos economistas, que se basan en datos y no en la realidad a la vista, desembocan en las mismas conclusiones.

Ya vimos toda la miseria e injusticia reflejada en las novelas y los cuentos que tratan de las regiones rurales. Pero como ahí el grado de ilustración de las masas es muy bajo, el descontento no es tan manifiesto como en la capital donde se dan los grandes contrastes entre los inmensamente ricos y los increíblemente pobres. Por eso la ciudad es un

¹ Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*. Fondo de Cultura Económica, México, 1964. Pág. 21 y 24.

campo muy fértil para enseñarnos las diferencias de la población; ahí se dan todos los diversos elementos que componen el país. Es fácil estudiar a los que tienen sólo su mera existencia. Sin embargo, esta existencia es mucho más complicada y rica de lo que cree el ciudadano más afortunado por regla general, y lo prueban suficientemente Carlos Fuentes y Oscar Lewis. Este es uno de los mensajes importantes de *La Región más transparente*.

Pero veamos algunas otras obras que tratan de la capital.

3. *Aura*.

De la pluma del mismo autor de *La región más transparente* existe otra novela sobre la capital de la República, la breve y encantadora *Aura*. Toda la trama de esta pequeña obra ocurre en un futuro probable, o sea en el sueño de un estudiante. Estos sueños se llevan a cabo en una casa antigua de la colonia Juárez, donde residía la aristocracia porfirista. La imagen de una sociedad que se hunde en la decadencia mientras surge otra, ha obsesionado a Carlos Fuentes. Describe el mismo fenómeno en *La región más transparente*, pero aquí se detiene más en él. Le da una expresión artística verdaderamente admirable. El lector parece ver ante sus propios ojos el hundimiento lento de la vieja sociedad al penetrar con el estudiante en la oscuridad y las capas de polvo de la antes elegante casa de la señora Consuelo. Esta casa quedó totalmente encerrada por otras construcciones nuevas que se levantaron en lo que era en una época el jardín. La anciana sigue viviendo en su casa; está determinada a no abandonar esta bastión del pasado. El autor sintetiza el estado de este personaje por medio del siguiente suspiro de la vieja generala: "¡Cómo se tarda en morir el mundo!"¹ Ella cree que porque su mundo está muerto y porque ella tarda un poco más en morir, todo está acabándose en el mundo. El autor ha sabido presentar en un paralelismo perfecto la anciana al borde de la muerte, con su irremediable senectitud, y el lento desmoronamiento de una época histórica.

¹ Carlos Fuentes, *Aura*. Editorial Era, México, D. F., 1963. Pág. 26.

Con este pequeño cuadro de la colonia Juárez, el autor ha aportado un fragmento más al gran mosaico que han ido componiendo los autores modernos de México.

4. RAFAEL SOLANA. *El sol de octubre*.

El sol de octubre de Rafael Solana es una novela que trata también en gran parte de la metrópoli. Este autor no se propuso, sin embargo, describir tan esmeradamente los diversos ángulos de la vida de la capital como lo ha hecho Carlos Fuentes, sino se concentró en la trama. Pero no por eso deja pasar la oportunidad de retratar algunos grupos de la capital que el autor conocía íntimamente. Describe las relaciones sociales de cierto grupo acomodado de las Lomas de Chapultepec, el comportamiento y la caída del futbolista parvenu que quería aprovechar la atracción que ejercía sobre las mujeres en todos los medios sociales, y un poco de la vida en Cuernavaca que para ciertas capas de México es un apéndice de la capital.

Rafael Solana es tan preciso en sus observaciones sobre la capital que da nombres ficticios, pero muy parecidos a los verdaderos, a personajes conocidos de la vida de México: poetas, literatos y políticos.

En su conjunto, *El sol de octubre* no carece de méritos literarios, pero no se puede comparar con las mejores obras posrevolucionarias como *Pedro Páramo*, *Balún Canán*, *La región más transparente* y los cuentos que hemos mencionado como especialmente valiosos. *El sol de octubre* carece de muchos de los atributos notables de la producción posrevolucionaria en México. Los medios empleados por el autor son más bien convencionales, y echamos de menos las inovaciones mencionadas que son las que precisamente ponen a la Novela Posrevolucionaria sobre cualquier etapa literaria en México.

5. LUIS SPOTA: *Casi el paraíso*.

La última obra de que vamos a tratar, completa el panorama que nos han ido presentando las narraciones de México. Esta obra trata principalmente de la capital, pero contiene también juicios acerca de

todo el país enunciados por extranjeros que observan a México de un modo objetivo. Se trata de la muy conocida novela de Luis Spota: *Casi el paraíso*.

La acción no se lleva a cabo exclusivamente en la capital, pero trata de un grupo de ciudadanos que es típico de la capital. Es el grupo de los nuevos ricos, de los influyentes, de los mismos que ha descrito Carlos Fuentes con todo detalle en *La región más transparente*. Los dos autores coinciden en su juicio sobre esta nueva clase surgida de la Revolución.

Luis Spota utiliza la figura del "príncipe" italiano Hugo Conti y a su compañera de la profesión de los estafadores internacionales, Frida von Becker, para ridiculizar a esta alta sociedad. Los dos se aprovechan de todas las debilidades de los integrantes de esta clase. Enuncian el siguiente juicio de ella:

—Con todo... las gentes de aquí... son agradables. Basta que uno anuncie: "Soy príncipe... o Condesa", para que te lo crean [por esa facilidad México es un paraíso, según llegamos a saber al final de la obra]... En su mayoría son ostentosos, vanidosos, pero simpáticos, estúpidos e inofensivos. El mayor triunfo de sus vidas es dejarse ver, en cualquier sitio público, con uno de nosotros..."¹

Es un artificio predilecto de algunos autores mexicanos utilizar a personajes extranjeros para pronunciar juicios sobre México y los mexicanos. Consideran tal vez que de esta manera tienen más libertad y los pueden hacer sin que se les atribuyan. Otra teoría es, que los autores se dejan vencer por el complejo de autodenigración que ciertos investigadores atribuyen a los mexicanos en general. Muchos juicios son negativos y críticos como éste:

Príncipe: —¿Tiene Plata?

Condesa: —A montones. Está metido en política.

¹ Luis Spota, *Casi el paraíso*. Fondo de Cultura Económica, 5ª edición, México, 1956. Pág. 124.

Príncipe: —Por lo que veo, todos están en eso...

Condesa: —Es la profesión nacional...¹

Pero hay otros que no lo son y que no tienen nada de autodenigrante, como por ejemplo, este expresado por un personaje francés de *La región más transparente*:

¿Por qué vivimos en una ciudad tan horrible, donde se siente uno enfermo, donde falta aire, donde sólo debían habitar águilas y serpientes? ¿por qué? Algunos, porque son advenedizos o aventureros y éste es un país que desde hace treinta años le da prioridad a los aventureros y advenedizos. Otros, porque la vulgaridad y la estupidez y la hipocresía... Y otros... otros, yo, porque al lado de la cortesía repugnante y dominiguera de la gente como tú hay la cortesía increíble de una criada o de un niño que vende esos mismos diarios enmerdeurs, porque al lado de esta costra de pus en la que vivimos hay unas gentes... increíblemente desorientadas y dulces y llenas de amor y de verdadera ingenuidad que ni siquiera tienen la maldad para pensar que son pisoteadas... y explotadas, porque debajo de esta lepra americanizada y barata hay una carne viva, ... la carne más viva del mundo, la más auténtica en su amor y su odio y sus dolores y alegrías.²

6. CONCLUSIONES.

La cita anterior nos parece digna para concluir el panorama tanto de la capital de México como de todo el país, que hemos tratado de estudiar a través de las obras de los autores actuales. Es natural que no lo hayamos estudiado con todo detalle a través de todas las obras publicadas en el tiempo que nos hemos fijado como límite. Hay muchas obras más que tratan de México, y bastantes que merecen un estudio más detenido, por ejemplo *La creación* de Agustín Yañez, *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, *El rey viejo* de Fernando Benítez, *El luto humano* de José Revueltas y varias otras. Todas estas

¹ *Casi el paraíso*, pág. 40.

² *La región más transparente*, pág. 168.

obras tratan exclusivamente de circunstancias y sucesos de México y por eso contribuyen a dar claridad a quien estudia la literatura de este país. Desde el punto de vista literario también son excelentes, entran totalmente dentro del cuadro de calidades que hemos establecido para las obras tratadas más en detalle.

Además, han aparecido notables volúmenes de cuentos como *La noche* de Juan García Ponce, *La muerte tiene permiso* de Edmundo Valadés, y *Tiene la noche un árbol* de Guadalupe Dueñas, que, en cuanto a su contenido y calidad literaria, se pueden colocar al lado de las novelas.

Pero, a pesar de no poder considerar estas obras, el panorama que nos ofrecen las obras estudiadas es bastante completo. En cada uno de los capítulos presentados hemos resumido la visión de cada sección: el México indígena, el rural, la ciudad provinciana, y la capital, que nos ofrecieron las obras que hemos estudiado. Y este gran panorama no tiene muchos tonos claros, alegres; más bien predominan en él los colores oscuros y lúgubres, que utilizan los autores. Sobre este fondo todos sus personajes levantan su voz que, en su conjunto, es como un coro griego acusador que lamenta la suerte de los hombres tan “increíblemente desorientados y dulces y llenos de amor y de verdadera ingenuidad que ni siquiera tienen la maldad para pensar que son pisoteados y explotados. . .” ¿Qué sucederá el día en que despierten y tomen su suerte en sus propias manos? Que ese día no está ya lejos, es el mensaje, consciente o no, de esos escritores.

LA NARRACION POSREVOLUCIONARIA
Y LA LITERATURA MODERNA

VI. LA NARRACION POSREVOLUCIONARIA Y LA LITERATURA MODERNA

Ahora sólo nos queda una duda que aclarar. ¿Qué lugar ocupa la producción literaria posrevolucionaria de México dentro de la llamada cultura occidental de la misma época? Dentro de dicha cultura, ¿qué valor tiene una literatura que aparentemente sólo refleja desesperación y pesimismo?

Hemos sostenido que la literatura actual narrativa mexicana está en su apogeo y así lo prueba su alta calidad artística. Corroboran nuestra tesis las numerosas traducciones que se han hecho de estas obras al inglés, francés, alemán, polaco y otras lenguas, a veces inmediatamente después de publicadas. ¿Qué éxito han tenido al lado de sus nuevas compañeras en las librerías de Londres, París o Berlín?

Al investigar un poco la literatura de estos países, vemos que la mexicana no está a tal grado dominada por la miseria y el pesimismo como muchas de las obras que, por ser europeas, se consideran la norma de la producción literaria mundial. En comparación con ésta, la mexicana todavía alienta bastante optimismo. Por ejemplo, las obras del famoso irlandés Samuel Beckett son a veces la negación de la literatura misma, que debía ser en su forma más sencilla el arte de comunicar algo por medio de palabras escritas. Sus palabras son pocas y escasean más y más, y su sentido disminuye hasta el vacío total. Este vacío parece ser un reflejo del vacío que reina dentro del hombre que ve Beckett. Este hombre no tiene ya por qué vivir o pensar. En la novela mexicana, en cambio, el hombre sufre, se alegra, reflexiona. Todavía es hombre con todos sus atributos positivos y negativos, y está dispuesto a seguirlo siendo aún cuando las condiciones externas lo aplasten. Hemos visto varias veces en las obras mexicanas el reto que lanzan los hombres

para mantener su derecho de seguir siendo hombres. Eso significa que tienen mucho vigor y mucha decisión para vivir. En contraste con eso, en las obras de Beckett o de André Bretón, autor de *Nadja*, no tiene ya ninguna importancia si viven o no, simplemente no hay por qué vivir.

Lo mismo sucede en la literatura alemana, que en un tiempo daba el rumbo, en cuanto a forma y contenido, a gran parte de la literatura universal. Parece que desde Thomas Mann ya nadie tiene nada que decir. Tal vez Franz Kafka supo todavía interpretar la anarquía irracional de la posguerra, pero ya el tartamudeo de un Günther Grass es lamentable. Autores de este tipo están empezando el juego de dar valor a lo inexistente, como en el cuento de "El emperador y sus vestidos". Nadie quiere admitir la pobreza espiritual de estas obras para no parecer de mente simple.

En Inglaterra no parece haber cuajado una vanguardia de escritores en quienes pueda señalarse la tendencia general de la literatura actual. Sin embargo, de los Estados Unidos todavía nos llega algún mensaje de importancia debido a la efervescencia de aquel país, que, a pesar de su inigualado desarrollo económico todavía lucha con muchos problemas fundamentales. En este sentido la situación es semejante a la de los países latinoamericanos cuyos autores raras veces se han alejado de la realidad social por ser tan evidente. No hay cómo escapar de ella, y pocas veces hay el propósito de hacerlo. Cuando intentan huír hacia la irrealidad, el resultado es casi siempre un fracaso. Sólo los mejores autores se salvan de él. Por ejemplo. *La mano del Comandante Aranda* de Alfonso Reyes constituye tal huída del imperio de la fantasía. Sólo el lenguaje exquisito del autor salva a esta pequeña obra, cuyo contenido, visto objetivamente, si no estuviera en el encanto del lenguaje, sería un gran disparate.

Los escritores latinoamericanos y especialmente los autores mexicanos de la generación posrevolucionaria, casi nunca tratan de escapar de la realidad. Hay todavía mucho en ella que vale la pena comunicar por medio de la literatura. Quieren comprobar que todavía la vida merece ser vivida; cada uno espera la felicidad, aunque los obstáculos son muchos y aparentemente infranqueables como lo muestra el estudio del panorama mexicano. Pero los escritores de México están convenci-

dos de que el mundo es bello y de que vale la pena luchar para que todos encuentren un lugar y su felicidad en él. En cambio, para los escritores vanguardistas de Europa, el mundo es un pantano de excremento, fealdad e ignorancia. Han perdido la fe en el hombre; niegan todos los valores humanos. Nos encontramos así en la situación inversa de lo que en un tiempo se creyó. Se pensaba que Europa iba a salvar al Nuevo Mundo de la ignorancia y el salvajismo, y ahora resulta que la regeneración de Europa tiene que venir del Nuevo Mundo.

Como habrá de suceder esto, es un problema que rebasa los límites de la literatura y entra en el campo de la sociología. El profundo pesimismo que expresa la literatura europea es resultado del fracaso del viejo continente para llevar a la humanidad a más altos niveles de armonía y comprensión. Sus guerras, sus campos de concentración y sus genocidios han sido los productos más patéticos de su fracaso.

La literatura ha sido siempre una manifestación de determinadas condiciones sociales. Los vanguardistas al despreciar y rechazar al hombre, sólo están demostrando su profunda desmoralización. Los escritores del nuevo mundo, alzan sus voces encolerizadas criticando todo como si anticiparan un gran juicio final en el que los fiscales serían aquellos personajes innumerables que en sus obras desfilan cargados de penas y humillaciones.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

- Alvarez, Federico, "La novela mexicana". Suplemento de *Siempre*. Número 523. México, Julio 3, 1963.
- Arellano, Jesús, "El cuento mexicano actualmente". Suplemento *El Nacional*. Núm. 785. México, abril 5, 1962.
- Arreola, Juan José, *Confabulario total (1941-1961)*. Fondo de Cultura Económica. México, 1962.
- *La feria*. Joaquín Mortiz. México, 1963.
- Azuela, Mariano, *Las moscas*. Tomo I de *La novela de la Revolución Mexicana*. Aguilar. México, 1960.
- *Los de abajo*. Tomo I de *La novela de la Revolución Mexicana*. Aguilar. México, 1960.
- Benítez, Fernando, *El agua envenenada*. Fondo de Cultura Económica. México, 1961.
- "Francisco Rojas González, 1er. premio nacional de literatura". *El Nacional*. México, nov., 1944.
- *Los hongos alucinantes*. Ediciones Era, S. A. México, 1964.
- *El rey viejo*. 3ª edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1961.
- Campobello, Nellie, *Cartucho*. Tomo I de *La novela de la Revolución Mexicana*. Aguilar. México, 1960.
- *Las manos de mamá*. Tomo I de *La novela de la Revolución Mexicana*. Aguilar. México, 1960.
- Campos, Julieta. "20 años de literatura en México". *Siempre*. Número 467. México, junio 6, 1962.
- Carballido, Emilio, *La caja vacía*. Fondo de Cultura Económica. México, 1962.

- Carballo, Emmanuel, "Arreola y Rulfo, cuentistas". *Revista UNAM*, mayo 7, 1954.
- "Conversaciones con Juan José Arreola". *Siempre*. Núm. 461, abril 25, México, 1962.
- "Cuento y novela: la región más pantosa de la literatura". *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*. Núm. 624; feb. 27, 1961.
- "Los cuentos de Rafael F. Muñoz". *México en la cultura*, suplemento de *Novedades*. Núm. 626; marzo 13, 1961.
- "Francisco Rojas González. Aniversario de su muerte. 10 años. *Siempre*. Núm. 464. México, mayo 16, 1962.
- "Rosario Castellanos: La vocación como destino". *Siempre*. Número 495. México, dic. 19, 1962.
- "Rulfo, Arreola, Fuentes y el cuento mexicano de nuestros días". *México en la cultura*. Suplemento de *Novedades*. Núm. 364; mayo 7, 1961.
- Casanova, Arturo, "Francisco Rojas González, novelista". *El Nacional*. México, 16 de abril, 1965.
- Casavant, A. Henri, *Francisco Rojas González, cuentista*. Tesis para la maestría. UNAM, 1962.
- Castellanos, Rosario, *Balún Canán*. Fondo de Cultura Económica. México, 1957.
- *Ciudad Real*. Universidad Veracruzana. Jalapa, 1960.
- *Los convidados de agosto*. Ediciones Era, S. A. México, 1964.
- "La novela mexicana y su valor testimonial". *Cuadernos de la juventud*. Núm. 3. Instituto de la Juventud Mexicana. México, 1965.
- *Oficio de tinieblas*. Joaquín Mortiz. México, 1962.
- "Tentativa de aproximación" de la novela inédita *Rito de iniciación*. *Mester*, Revista de Literatura. Núm. 10. México, nov., 1965.
- Castro Leal, Antonio, "La novela mexicana moderna". *Novedades*. México, 17 de enero de 1962.
- Cova, Arturo, "Francisco Rojas González, novelista. *El Nacional*. México, 16 de abril 1965.
- Chumacero, Ali. "Rulfo, Pozas, Valadés. Tres aspectos de la vida mexicana". *México en la cultura*, suplemento de *Novedades*. Núme-

- ro 559; nov. 30, 1959.
- De la Selva, Mauricio, *Diálogos con América*. (Arreola, Revueltas y otros). *Cuadernos americanos*. México, 1964.
- Dolujanoff, Emma, *Adiós, Job*. Fondo de Cultura Económica. México, 1961.
- Dueñas, Guadalupe, *Tiene la noche un árbol*. Fondo de Cultura Económica. México, 1958.
- Dybvig, Rhoda, *Rosario Castellanos, biografía y novelística*. Tesis para la maestría. UNAM. México, 1965.
- Fuentes, Carlos, *Aura*. Ediciones Era, S. A. México, 1962.
- *Las buenas conciencias*. 3ª edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1959.
- *Cantar de ciegos*. Joaquín Mortiz. México, 1964.
- “El caso para Latinoamérica”. *Siempre*. Núm. 461. México, abril 25, 1962.
- *La muerte de Artemio Cruz*. Fondo de Cultura Económica. México, 1962.
- Galindo, Sergio, *El bordo*. 2ª edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.
- García Cantú, Gastón, *Los falsos rumores*. Fondo de Cultura Económica. México, 1955.
- García Iglesias, Sara, *Exilio*. Fondo de Cultura Económica. México, 1957.
- García Ponce, Juan, *La noche*. Ediciones Era, S. A. México, 1963.
- Garro, Elena, *Los recuerdos del porvenir*. Joaquín Mortiz. México, 1963.
- González Pages, Andrés. “Entrevista con Juan Rulfo”. *El Día*. México, 14 de abril 1964.
- Guzmán, Martín Luis, *El águila y la serpiente*. Tomo I de *La novela de la Revolución Mexicana*. Aguilar. México, 1960.
- *La sombra del caudillo*. Tomo I de *La novela de la Revolución Mexicana*. Aguilar. México, 1960.
- Hernández, Luisa Josefina, *Los palacios desiertos*. Joaquín Mortiz. México, 1963.
- *La plaza de Puerto Santo*. Fondo de Cultura Económica. México, 1961.

- Irby East, James, *La influencia de William Faulkner en 4 narradores hispanoamericanos*. Tesis para la maestría. UNAM México, 1956.
- Khan, A. F. *Cinco cuentistas mexicanos modernos*. Tesis para la maestría. UNAM. México, 1963.
- Landeros, Carlos, "Con los recuerdos de Elena Garro..." *El Día*. México, 9 de abril, 1964.
- Leal, Luis, "Contemporary Mexican Literature: A mirror of Social Change". *University of Arizona Quarterly*, XVIII, Núm. 3 (otoño 1962).
- Mariano Azuela, *vida y obra*. Colección Studium. México, 1961.
- Lira, Miguel N., *La escondida*. Tomo II de *La novela de la Revolución Mexicana*. Aguilar. México, 1960.
- *Una mujer en soledad*. Fondo de Cultura Económica. México, 1956.
- López y Fuentes, Gregorio, *El indio*. Editorial Novaro de México, S. A. México, 1955.
- *Tierra*. Tomo II de *La novela de la Revolución Mexicana*. Aguilar. México, 1960.
- Lowe, Mary Ann, *Francisco Rojas González, novelista*. Tesis para la maestría. UNAM. México, 1957.
- Magaña Esquivel, Antonio. "Francisco Rojas González y la novela". *El Nacional*. México, dic. 27, 1951.
- Mancisidor, José, *Frontera junto al mar*. Tomo II de *La novela de la Revolución Mexicana*. Aguilar. México, 1960.
- "Pancho Rojas González". *El Nacional*. México, dic. 17, 1951.
- Millán, María del Carmen. "Sobre Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*". *Revista Iberoamericana*, XXVIII (1962).
- "En torno a *Oficio de tinieblas*". *Anuario de Letras*. Núm. 3-4, marzo-abril, 1963.
- Mojarro, Tomás, *Bramadero*. Fondo de Cultura Económica. México, 1963.
- *Cañón de Juchipila*. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.
- Ocampo, Alfaro, Aurora Maura. *Literatura mexicana contemporánea*. Tesis para la maestría. UNAM. México, 1965.
- Pacheco, José Emilio "Un gran prosista". *Siempre*, Núm. 461. México, abril 25, 1962.

- Pacheco, José Emilio, "Imagen de Juan Rulfo". *México en la Cultura*, Suplemento de *Novedades*. Núm. 540; julio 20, 1959.
- *El viento distante*. Ediciones Era, S. A. México, 1963.
- Pozas, A., Ricardo, *Juan Pérez Jolote*. 4ª edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1952.
- Puga, Mario, "El escritor y su tiempo: Rafael F. Muñoz". *Revista UNAM*, Núm. X, 1955.
- Revueltas, José, *Los días terrenales*. Editorial Stylo. México, 1949.
- *El algún valle de lágrimas*. Los Presentes. México, 1956.
- *Los errores*. Fondo de Cultura Económica. México, 1964.
- *El luto humano*. Editorial México. México, 1942.
- *Los motivos de Caín*. Fondo de Cultura Popular. México, 1957.
- *Los muros de agua*. 2ª edición. Editorial Los Insurgentes. México, 1961.
- Rodríguez Alcalá, Hugo. "Análisis estilístico de *El llano en llamas* de Juan Rulfo." *Cuadernos Americanos*. Núm. 3, México, 1965.
- Rojas González, Francisco. *Cuentos de ayer y de hoy*. Editorial Arte de México. México, 1946.
- *El diosero*. 4ª edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1952.
- *Lola Casanova*. Edición Americana de Publicaciones, S. A. México, 1947.
- *La Negra Angustias*. 3ª edición. Cía. General de Ediciones, S. A. México, 1955.
- *Sed*. Edición Juventud de Izquierda. México, 1937.
- Romero, José Rubén, *La vida inútil de Pito Pérez*. 11ª edición. Editorial Porrúa. México, 1957.
- Rulfo, Juan. *El llano en llamas*. 4ª edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1959.
- Solana, Rafael. "Cinco años de novelas y cuentos en México". *El Nacional*. México, agosto 25, 1946.
- Spota, Luis, *Casi el paraíso*. Fondo de Cultura Económica. México, 1959.
- *La pequeña edad*. Fondo de Cultura Económica. México, 1964.
- Valadés, Edmundo, *La muerte tiene permiso*. 4ª edición. Fondo de

- Cultura Económica. México, 1963.
- Valdés, Mario J. "The Social Symbol for an Interrelated Study of Mexico." *Journal of Inter-American Studies*. Vol. VII núm. 3, Universidad de Toronto. Toronto, julio, 1965.
- Vicens, Josefina, *El libro vacío*. Compañía General de Ediciones, S. A. México, 1958.
- Yáñez, Agustín, *Al filo del agua*. 3ª edición. Editorial Porrúa. México, 1961.
- *Archipiélago de mujeres*. Ediciones de la UNAM. México, 1943.
- "El contenido social de la literatura iberoamericana." *Jornadas*. Núm. 14. El Colegio de México. Sin fecha.
- *La creación*. 2ª edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1959.
- *La tierra pródiga*. 2ª edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.
- *Las tierras flacas*. Joaquín Mortiz. México, 1962.

OBRAS GENERALES

- Alegría, Fernando, *Historia de la novela hispanoamericana*. Ediciones de Andrea. México, 1965.
- Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 2 vols.
- Bernal, John D., *La ciencia en nuestro tiempo*. Universidad Autónoma de México. México, 1960.
- Bretón, André, *Nadja*. Joaquín Mortiz. México, 1963.
- Brushwood, John S. y Rojas Garcidueñas, José, *Breve historia de la novela mexicana*. Ediciones de Andrea. México, 1959.
- Carballo, Emmanuel, *El cuento mexicano del siglo XX* (Antología). Empresas Editoriales. México, 1964.
- Castro Leal, Antonio, *La novela de la Revolución Mexicana*. Introducción y notas, biográficas y críticas sobre los diversos autores. Aguilar. México, 1960. 2 vols.
- Cela, Camilo José, *La familia de Pascual Duarte*. Harold L. Boudreau y John W. Kronik. Appleton-Century-Crofts, Inc. New York, 1961.
- Cruz, Salvador de la, *La novela iberoamericana actual*. Sría de Educa-

- ción Pública. México, 1956.
- Dos Passos, John, *Manhattan Transfer*. 1er. tomo de *Novelas*. Editorial Planeta. Barcelona, 1958.
- Forster, E. M., *Aspectos de la novela*. Universidad Veracruzana. Jalapa, 1951.
- González, Manuel P., *Trayectoria de la novela en México*. Ediciones Botas. México, 1951.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América hispánica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1949.
- Kafka, Franz, *El proceso*. Editorial Lozada, S. A. Buenos Aires, 1939.
- Leal, Luis, *Historia del cuento hispanoamericano*. Ediciones de Andrea. México, 1966.
- Lewis, Oscar, *Los hijos de Sánchez*. Fondo de Cultura Económica. México, 1964.
- Lukacs, Georg, *Significación actual del realismo crítico*. Ediciones Era. S. A. México, 1963.
- Marroquín, Alejandro Dagoberto, *Panchimalco*. Investigación sociológica. Editorial Universitaria. San Salvador, 1959.
- Martínez, José Luis, *Problemas literarios (Novela Mexicana)*. Ediciones Studium. México, 1955.
- Middleton Murray, J., *El estilo literario*. 2ª edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1956.
- Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote e ideas sobre la novela*. 5ª edición. Revista de Occidente, S. A. Madrid, 1958.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*. 3ª edición. Fondo de Cultura Económica. México, 1953.
- Proust, Marcel, *The Captive*. Random House, Inc. New York, 1929.
- Ramos, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*. 2ª edición. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, 1952.
- Spiller, Robert E., *The Cycle of American Literature*. Mentor Book. New York, 1957.
- Vernon, Raymond, *The Dilemma of Mexico's Development*. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts, 1963.

Este libro se terminó de imprimir el día
15 de enero de 1966 en los Talleres
"Gráficos Ers", Jaime Nunó 89, en
México, D. F. La edición consta de
50 ejemplares numerados y firmados
por la autora.

Ejemplar N°



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS